

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

Dirección y Administración: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º

P. G. Mahoudeau

Primeras manifestaciones de la materia viva

(Conclusión)

Observaciones muy interesantes han permitido establecer que los metales poseen en cierto grado, muy débil seguramente, aunque no por esto menos real, una forma de sensibilidad y una posibilidad de movimientos correlativos á esta sensibilidad. Los metales serán, pues, susceptibles de experimentar fatiga, de manifestar un estado de laxitud.

Con el reposo, el metal fatigado readquiere sus cualidades, su potencia primitiva, de la misma manera que con el reposo los seres vivos recuperan sus fuerzas gastadas.

De modo que la fatiga, manifestación atribuida hasta el presente á la sensibilidad, y la reparación de fuerzas por el reposo, atribuida exclusivamente á un trabajo formando parte al movimiento de la vida, serán entonces fenómenos lo mismo inorgánicos que orgánicos, de igual manera que las manifestaciones del tactismo en el protoplasma.

Hay, pues, funciones comunes á la vez á los seres vivientes y á las cosas brutas.

Resumamos los hechos: hace cerca de treinta años que William Thomson, después lord Kelvin, hizo notar que los hilos metálicos sometidos en las fábricas á vibraciones repetidas, después de un período de reposo, el lunes por ejemplo,

actúan de una manera diferente á como lo hacían el sábado.

Experimentos recientemente hechos en América, en el *Franklin Institut*, han permitido demostrar que los movimientos repetidos debilitan los metales, pero que después de cierto tiempo de reposo, recobran su resistencia primitiva.

Debe existir, por lo tanto, una fatiga posible en los cuerpos que estamos acostumbrados á mirar como insensibles, pudiendo reponer sus fuerzas con el reposo. Para esto, ha debido producirse un movimiento reparador. Tales cuerpos no serán, pues, absolutamente inertes. La revista americana *Minas y Metales de Seranton*, admite que ese movimiento, tendencia natural á la agregación molecular, debe considerarse como un fenómeno de vida elemental en los seres inanimados.

No vamos nosotros á contradecirlo; más, admitir la vida, aun elemental, en cosas tan poco vivientes como los metales, ¿no parece paradójal?

Sin embargo, ahí tenemos los hechos, con toda su brutalidad, inquietándose muy poco de todas nuestras clasificaciones y demarcaciones.

A nosotros toca no rehusar rendirnos á la evidencia y ensayar de comprender

y de interpretar los hechos ante los cuales nos encontramos.

Si sustancias que hemos considerado inanimadas presentan fenómenos que se encuentran en los seres vivos, ó es necesario admitir que fenómenos puramente inorgánicos se suceden en el mundo vivo, ó hay que ir á buscar el principio de la vida en la materia bruta. ¿Y por qué nó?

En este caso, el *bathybius*, aunque casi en su totalidad mineral y muy poco orgánico, se nos aparece como debiendo estar ya considerablemente alejado del punto de transición entre la materia sin vida y la materia viva.

Pero he ahí que llegamos á preguntarnos: ¿existe una materia absolutamente privada de vida?

Y desde luego, ¿qué es la vida?

Sin desenvolver esta cuestión, sabiendo que nada viene de la nada, haremos constar que los fenómenos conocidos con el nombre de vida no pueden producirse en nuestro globo sino á condición, de un modo ú otro, de ser parte de lo que existe en el universo.

Ahora bien, lo que con más certeza sabemos acerca la composición del universo, es que todo en él se mueve sin cesar. La noción del universo y la del movimiento, son inseparables.

Si todo se mueve, ¿cómo distinguir lo que es vivo de lo que no lo es?

Se ha hablado de un movimiento espontáneo, pero, aplicable á los animales, dejaría de serlo á las plantas; y aun no se le reconoce en todos los animales, pues la innumerable falange de los protozoarios no posee el movimiento espontáneo, sino el movimiento *quimiotáctico*.

¿Sabemos acaso dónde empieza el movimiento espontáneo y dónde acaba el movimiento no espontáneo?

¿No sería, si estableciéramos un límite, de nuestra exclusiva invención?

La infinitesimal molécula de éter cósmico y las colosales masas que forman

los sistemas solares ¿se mueven en el espacio infinito de una manera espontánea ó de una manera pasiva no espontánea?

Sólo ha podido responderse el día en que se ha comprobado que la influencia atractiva de las masas disminuye entre ellas con la distancia, los espacios que separan los soles siendo tan considerables, comparados á su volumen, que demasiado alejados unos de otros para influirse recíprocamente, flotan independientes, moviéndose en todas las direcciones posibles, aun las más diametralmente opuestas.

Así, los grandes movimientos de la materia en el infinito, sea en el estado más sutil ó en el de masas condensadas, se presentan como movimientos autónomos.

No ignoramos, por otra parte, que disminuyendo las distancias que las separan, se producen influencias vecinales, resultando de ellas reacciones recíprocas que engendran series de movimientos atractivos y repulsivos: afinidad, tactismo.

Y bien, ¿qué son tales movimientos sino modificaciones, transformaciones del movimiento primordial universal? ¿Qué es el movimiento universal mismo sino lo que podemos llamar la vida de las cosas?

Vida y movimiento son en realidad un solo y mismo fenómeno. Movimientos de una extrema lentitud bastan á las aglomeraciones de moléculas inorgánicas; movimientos más rápidos son necesarios para las manifestaciones de los compuestos orgánicos del carbono.

La conclusión se impone: la vida orgánica es una modalidad muy frágil, excesivamente rápida, del movimiento eterno de la materia; es la manifestación más delicada de esta gran vida universal que empieza en el átomo de éter cósmico para terminar, en nuestro planeta, en el sér superior: el hombre.

De la *Revue de l' Ecole d' Anthropologie*.

Situación económica de España

No vamos á juzgar del estado del país por las fluctuaciones de los valores públicos, tal como lo hacen los financieros. El tapete verde nacional es al país que trabaja como una chirrata cualquiera es al taller del laborioso obrero.

Los pueblos no son más ricos ó más pobres porque los tahures de la política y de la banca obtengan más ó menos ganancias.

Es claro que si el país es pobre, no serán muy ricos sus jugadores de oficio. Lo uno es consecuencia de lo otro y no inversamente, como pretenden los sabios economistas de la bolsa. Es, pues, preciso buscar las manifestaciones del verdadero estado de un país en su vida de trabajo, de producción y de consumo.

Es verdad que la pérdida de las colonias ha sido para España causa de profunda crisis. Las colonias eran como una válvula de seguridad por donde se escapaba el excedente de nuestra pereza y de nuestros vicios. Educados en la holganza, puesto el pensamiento en el empleo público, en el título profesional, en los azares de la fortuna, buscábase en las colonias lo que no era de fácil hallazgo en la necrópoli. Y es claro que al perderlas nos hemos sobrecargado de ociosos complicando extraordinariamente la situación precaria del país. Sobre un corto número de trabajadores gravitaban antes millares, mejor millones de señoritos holgazanes. Después la carga fué mucho mayor y á la hora presente estamos en el callejón sin salida de mantener al país entero cruzado de brazos. Somos muchos á consumir, muy pocos á producir. Entre militares, curas, empleados, políticos de oficio, enredapleitos y vagos con levita ó con chaqueta, componen por lo menos las tres cuartas partes de la población. El resto trabaja, cuando tiene en qué.

No vale argumentar con la falta de mercados para nuestros exíguos productos. Lo que sobra aquí es quién consuma; lo que falta quién produzca.

La consecuencia natural de tal estado es que mientras el precio de las cosas aumenta considerablemente, el de los salarios camina lento y en constante desproporción. Si se nos digiera que las fábricas y los almacenes están abarrotados de mercancías que no tienen salida, diríamos simplemente que se busque la explicación en la falta de medios para adquirir, propia de una población que vive á costa y expensas del trabajo de unos pocos. Y si aún se argumentara que el exceso de productos almacenados implica la depreciación de los mismos, obsérvese que el capital tiene siempre un límite inferior para sus ganancias y que así, cuando las vé en peligro, reduce inmediatamente la producción.

En este vaivén, el obrero está siempre entre la espada y la pared. Cuando trabaja, apenas alcanza el salario á cubrir las más apremiantes necesidades. Cuando huelga...

No insistamos. No habrá seguramente país en el mundo que viva de la trampa perpétua más que el nuestro. Dificilmente se explica como en los grandes centros, Madrid, por ejemplo, viven en continuo regodeo miles y miles de hombres cuya única ocupación es trasnochar mucho, levantarse tarde, comer y pasear por la Castellana, el Prado, etc., para comenzar de nuevo á la noche la vida de crápula que no se hace sino con dinero. La mitad de los españoles es deudora á la otra mitad y recíprocamente. Descontando unos cuantos adinerados, el resto no tiene sino trampas.

Es casi milagroso como el Estado sostiene la carga onerosa del ejército, el clero, la magistratura, la empleoma-

nía, etc. Y es más milagroso todavía como el país que produce ¡triste y misérismo país! sostiene la aplastante carga del Estado con más la carga de los millones de holgazanes que comen y visten y triunfan con el producto del trabajo ageno.

Los que hallan fáciles explicaciones en propagandas estupendas al actual estado de inquietud, olvidan que no hay agitaciones ni proselitismo que haga mella en el pueblo cuando éste se encuentra medianamente satisfecho de su condición. Desgraciadamente ni la misma verdad, mucho menos la justicia, penetra en las cabezas de roca de la ignorancia y del egoísmo sino es á medio de los aldabonazos de la necesidad.

La inquietud actual, el estado de alboroto reinante hace algún tiempo, no se deriva más que del recrudecimiento de la desproporción que hemos señalado entre los que trabajan y los que huelgan. Que la vida se ha hecho para todo el mundo mucho más difícil, que los precios de los artículos de primera necesidad han aumentado extraordinariamente, no habrá quien lo niegue. Lo declaran á toda hora los órganos más acreditados de las clases directoras—ó lo que sean—lo dicen á voz en grito ricos y pobres. Se ha llegado á tal extremo, que las mismas gentes regularmente acomodadas se ven apremiadas por la falta de recursos y viven en medio de grandes ahogos pecuniarios. Y en cambio los salarios no han subido sino á trueque de revueltas sangrientas y aún así han subido tan poco que la intranquilidad no cesará por mucho tiempo. Con la insuficiencia de los salarios jún-tase la abundancia de brazos, según lo demuestra el gran número de obreros que en los centros industriales se ofrece á ocupar el puesto de los huelguistas apenas los de un oficio cualquiera cesan en sus faenas. Y si se da una vuelta por los grandes trabajos públicos, por las

minas, etc., se verá como los obreros trabajan por jornales irrisorios, explotados además hasta en lo que comen, y van en pelotones harapientos implorando de obra en obra ocupación á sus ociosos brazos. El ejército de los tristes jornaleros de dos pesetas, sin hogar y sin familia, es la revelación horrible de la horrible miseria nacional. ¿Y se pretende reconstituir el país con tales elementos?

Para que la situación económica de España mejorase un tanto, sería necesaria una revolución profunda en las costumbres que ennobleciese el trabajo, que dignificase al obrero y acabase con la holganza tradicional y el vicio hereditario. En este sentido laboran más que nadie las asociaciones de trabajadores, mientras los capitalistas se empeñan en sostener el arcáico pasado, celosos de su poderío nominal sobre la turba de ganapanes que constituyen el país de la ociosidad. Laboran en favor de la renovación las masas que en Barcelona y Bilbao, Andalucía y Galicia, Valencia y Extremadura se rebelan contra la ignominia del trabajo esclavo, reclamando condiciones más dignas, reducción de la jornada, aumento de salario. Laboran en favor de la renovación las mismas fuerzas puestas al servicio de un ideal social, socialista ó anarquista, porque, queriendo ó sin querer, luchan por la exaltación del trabajo. Sólo la ceguera capitalista se resiste al cambio. Desconociendo las verdaderas condiciones en que el trabajo moderno se desenvuelve, pone la burguesía mayor empeño en el puntillo de amor propio que en desarrollar sus propios intereses. Llega hasta la temeridad de poner en peligro sus capitales, con tal de no ceder á lo que llama exigencias obreras.

La gente política parece más avisada. Trata á estas horas de contemporizar con las nuevas corrientes, pero no acierta á salir de la rutina y en vez de apoyar las reivindicaciones populares, se

dedica á ganar la voluntad de los directores socialistas organizando comisiones, confeccionando leyes, dictando reglas que no tendrán más virtud que la de crear unos cuantos holgazanes más y dar al pueblo la evidencia de que se le traiciona.

Inútil tarea. Véase como lo mismo en Bilbao, donde la influencia anarquista es casi nula, como en Barcelona donde prepondera el anarquismo, las multitudes obreras se lanzan á la rebeldía adoptando la huelga general. Los directores socialistas, los propagandistas de la anarquía, tienen sin duda influencia en el movimiento obrero, pero hay algo más hondo que mueve al pueblo á la revuelta. Este algo es la conciencia que el obrero va adquiriendo de su dignidad; es el estado de los tiempos que no tolera la servidumbre humillante del trabajo, la vida de bestia, la vivienda en pocilgas; es la evidencia que el trabajador tiene de que lo es todo y de todo carece. El trabajo se rebela contra la ociosidad. El país de los holgazanes dirá lo que quiera de las continuas sediciones obreras, incapaz de comprender otra dignidad que la de burdel en que está educado; pero estas sediciones son el despertar de un pueblo que no quiere soportar la carga de los señoritos sin blanca y de los capitalistas chapados á la antigua.

Hagan y piensen lo que quieran los políticos, resistan cuanto puedan los grandes explotadores, con ó sin socialistas, con ó sin anarquistas, la agitación del proletariado español perdurará

en tanto el estado económico del país no se modifique disminuyendo considerablemente el número de ociosos y aumentando el de productores útiles. Más trabajadores, muchos más; mejores salarios, mucho mejores; mejores condiciones y menos horas de trabajo y la agitación actual cederá para que la lucha más elevada por modificaciones más profundas, la lucha por los grandes ideales, se haga plaza inmediatamente.

Estéril la acción gubernamental que no puede alcanzar á sacudir la roña de la holganza, sólo queda la acción privada. Y en este terreno únicamente los obreros trabajan no sólo por lo que pudiera tacharse de egoísmo propio sino también en interés del país en general.

Ó España va á la bancarrota, ó las reivindicaciones momentáneas del proletariado triunfan, regenerando el país contra la voluntad de políticos arcáicos, burgueses embrutecidos por el afán de un dominio necio y ociosos depravados en todos los vicios que nos legó nuestro carácter aventurero.

La situación económica de España puede resumirse en estas palabras: donde no hay harina todo es mohín. ¿No se quiere la revuelta cotidiana? Pues venga trabajo, jornales elevados, pocas horas de labor, buenas condiciones higiénicas, de vivienda, de vestido, etc. Esto es lo que quieren los obreros y es lo único que hará de un país de pordioseros, un país de laboriosos trabajadores. La holganza es nuestra ruína.

Donato Luben

Filantropía mesocrática

Visto el desenvolvimiento sorprendentemente progresivo que el socialismo revolucionario adquiere, electrizando á las masas obreras con el fluido y potencialidad atrayentes de su virtud emancipadora, las clases elevadas, las clases

monopolizadoras que tienen secuestrado el poder social y disfrutan tranquilamente de cuantos privilegios les sugiere su refinado maquiavelismo explotador, mal-sano y egoísta, impotentes para reprimir por la violencia los redentores progre-

sos de los tiempos que corren, apelan al gran acopio de argucias, engaños y habilidades ficciosas de que disponen sin tasa ni medida, á fin de sacar las cosas de quicio y reducir así, con una *dedadita de miel*, al quietismo insensible de tristes enervamientos é indignas sumisiones, á las masas esclavas, domadas por el exceso de trabajo, por la supina ignorancia y por la desheredación horrible en que yacen anonadadas y miserables.

Acostumbrados estos entes usurpadores, á vivir del engaño, de la cábala y el geroglífico, todavía creen posible conjurar con halagos y falsas panaceas el tremendo conflicto social que amenaza derrumbar el régimen vigente, y con tal de conseguir su mezquino propósito, con tal de retardar en la medida de lo posible la hora de la justicia, de la liquidación suprema, las clases conservadoras del poder y del privilegio, ante nada se detienen y todo lo ensayan é intentan todo...

Al efecto, legislan los parlamentos constitucionales leyes protectoras del trabajo; se *humanizan* los viejos procedimientos de explotación, creando ordenanzas de seguridad y reglamentando la higiene del trabajo en los grandes centros fabriles y mineros, y en algunos Estados de Europa, hasta se ha llegado oficialmente á la *jubilación y pensionamiento de los obreros ancianos é inutilizados* en los infiernos de la producción capitalística.

El furor *humanófilo* que, de poco tiempo á la fecha, se ha apoderado del mundo del privilegio antes tan distraído é indiferente, es grande. Y si para atajar los efectos revolucionarios del socialismo, han llegado á tan preeminentes alturas las turbas endiosadas y brillantes que explotan la gobernación político-administrativa de los Estados, claro está que tampoco han debido dormirse en obra de tan notoria trascendencia social las camarillas superiores del bur-

guesismo, poseedoras afortunadísimas casi de la totalidad de las riquezas, privilegios y propiedades sociales.

Desean los poseedores de la riqueza pública detener los avances históricos del progreso en su raudo marchar hacia la liberación del mundo humano, y, para conseguirlo, ni perdonan medio ni reparan en procedimientos.

Los privilegiados de la actual mesocracia, contribuyeron en considerable mayoría á que se verificara y concretara la revolución política de los siglos pasados; pero ahora, dueños de la situación, se han vuelto reaccionarios, y mesócratas, aristócratas, militares y clericales, unidos en estrecho lazo, están unánimes y trabajan de acuerdo para evitar á todo trance que se produzca y determine la Revolución social, porque ésta, emancipando económicamente á todos los hombres, implicaría la muerte del privilegio, de la desigualdad de clases y de la explotación del hombre por el hombre.

Por eso, los amos de la riqueza y del poder, los tiranos y los explotadores, se afanan en adormecer con paliativos de dudosa eficacia las aspiraciones libertadoras del pueblo, y forman sociedades filantrópicas y preconizan como virtud salvadora la práctica del ahorro y llegan, en fin, en su *abnegado desprendimiento sublime*, hasta á proyectar la edificación de *barriadas obreras, de casas económicas* para trabajadores, casas que, según pregonan á golpe de bombo y platillos, *se proponen regalar á los desheredados, mediante, naturalísimamente, la amortización insensible de su valor efectivo, por el pago puntual de mensualidades continuas é inalterables.*

Como se ve, quieren los bonachones y espléndidos filántropos burgueses, *convertir á los trabajadores en propietarios*, vendiéndoles por un *precio módico* y á pagar á plazos mensuales, las

casas-juguetes que se proponen edificar y que ya han edificado en algunas partes; y llevan su filantropía hasta tales extremos de desinterés humanófilo, que convierten en *negocio redondo sus actos de protección fingida*, haciendo pagar á los obreros que deseen hacerse dueños de tales fincas irrisorias, *doble de lo que éstas valen* en realidad, como hemos tenido ocasión de observar en determinada región de España.

Está visto: para la burguesía todo es negocio, porque siempre procede á lo D. Juan de Robres.

Los obreros, pues, no deben alucinarse bajo el mágico relumbrón de semejantes farsas.

El obrero es el productor social de cuanto existe, luego no necesita ser protegido, pues que de él emana toda protección verdadera. Él lo produce todo y todo lo vivifica con su poder creador y su fuerza reproductora: así, pues, todo le pertenece de hecho. Es el despojo de la explotación sancionado por la ley y apoyado por la fuerza, lo que determina la miseria del proletariado, vilmente aherrojado á las infamias del servilismo y del jornal.

Entendedlo bien, filántropos de pega: los que fabrican las casas con sus propios brazos, no necesitan comprarlas.— Los obreros son los dueños naturales de cuantas riquezas y propiedades existen en el mundo. Sólo un régimen, cual el actual, apoyado por la fuerza armada y sustentado con el bodrio legalista de innumerables prejuicios económicos y capciosidades jurídicas, puede ser capaz de mantener como ley de vida, indeclinable y avasalladora, la desheredación y miseria de los más y los mejores, para satisfacción y medro de los menos y de los más inútiles.

Pretender favorecer con leyes protectoras legisladas, promulgadas y ejecutadas por los podridos miembros del parasitismo legalitario, la existencia de

los trabajadores, es altamente ridículo. Los que, en este mundo de ignominias y de injusticias brutales, deben dar la ley, los que deben imponer su *autoridad omnimoda* para que cesen, de una vez y para siempre, los actuales desbarajustes económicos, políticos y sociales, son los obreros, son los trabajadores, son, en fin, las masas proletarias despojadas de todos sus derechos racionales por la bárbara legislación del privilegio y de la fuerza armada.

Queréis vosotros, los explotadores de todos los linajes y jerarquías, queréis aparecer como los magnánimos protectores de los hijos del pueblo productor, y son ellos, precisamente, los que, con el sudor de su frente creadora y la prolífica potencialidad de sus brazos fecundos, sostienen vuestros faustos deslumbradores y mantienen los disolventes *neurotismos* de las regias opulencias magníficas en que se desenvuelve vuestra existencia estéril de tiranización y de engaño...

¡Sus! falsos protectores, flántropos de pega; la hora de liquidar se acerca, y todas vuestras malas artes y aviesas añagazas, resultarán inútiles para contener el avance arrollador de la avasalladora marea que se os viene encima.

El esplendor, sublimidad y magnificiencia del poder social organizado para esclavizar á los pueblos; la grandeza de los gobiernos y la potestad soberana de toda esa alteza y elevación deslumbradoras desde cuyas cumbres, por vosotros santificadas, ejercéis, fátuamente engreídos, la tiranía y practicáis inclementes la injusticia; en una palabra, todo eso que llamáis pomposamente fundamentos legales de la sociedad, todo, todo se vendrá abajo al primer empuje, todo quedará para siempre desvanecido al primer soplo de la gran revolución que se avecina.

La justicia ha de hacerse cumplida

cuando suene la hora solemnisima de su realización histórica. Y por muy fuertes, hábiles y varoniles que os supongáis, resultaréis impotentes para impedir que la justicia social cumpla su misión reden-

tora. Seréis arrollados por la ola salvadora de la fatalidad histórica, á pesar de todas vuestras resistencias tiránicas y de todas vuestras artimañas corruptoras y filantrópicas...

Clemencia Jacquinot

Reflexiones

En el segundo número de NATURA he leído un estudio, firmado por Alejandra Myrial, sobre el valor intrínseco y social de las palabras *derechos* y *deberes*. He meditado la significación que el autor del estudio da á estas palabras, y me parece que su argumentación reposa sobre un sofisma.

Tomemos las cosas desde un principio y consideremos un momento el hombre en sí mismo, sólo en la naturaleza, con sus necesidades de todo género.

Admitamos, por de pronto, que este hombre no tenga que luchar contra ningún peligro y que pueda asegurarse por sí mismo su existencia. Verdaderamente este es el caso por excelencia en que el individuo no tendrá derechos ni deberes, puesto que, viviendo sólo, no hallará obstáculos á su voluntad por parte de sus semejantes.

Pero precisamente esta voluntad está limitada, según confiesa Myrial, por las causas de equilibrio universal: el hombre no hace lo que quiere, sino lo que puede. Desde el momento que la voluntad del hombre, ó para mejor decir, su deseo, llega á traspasar á veces los límites de su poder, está obligado—y con obligación estricta, so pena de enfermedad, de caducidad moral ó física, de muerte—á plegar su voluntad á lo único posible, á ejecutar los únicos actos ventajosos para él y á refrenar todo impulso que puede arrastrarle á cometer un acto en virtud del cual sufriría más tarde las fastidiosas consecuencias, ó, dicho de otro modo, el hombre tiene,

según la misma naturaleza, *derechos* á querer y á realizar ciertos actos, é impedimentos ú obligaciones de cumplir ciertos otros, es decir, *deberes* encaminados á su conservación y evolución personales.

Á no ser que se erigiese sobre las palabras, lo cual nunca conduce á nada, es difícil, según mi modo de ver, no admitir esta primera noción de los derechos y de los deberes naturales.

Pero el hombre, como cualquier otro sér, no puede vivir aislado; la asociación es ley fundamental de la vida. La prueba está en el hecho de que el sér viviente busca espontáneamente á su semejante, funda colonias y más tarde sociedades.

Ahora bien, el día aquel en que el hombre tuvo necesidad de su semejante para que le ayudara á vencer un peligro, sortear una dificultad, tácitamente se comprometió á prestar á su vez apoyo á su compañero en una circunstancia semejante. De ahí una especie de contrato intervenido entre, ellos contrato que implicaba para cada uno ventajas y obligaciones recíprocas. A estas ventajas llamamos derechos, y estas obligaciones constituyen los deberes sociales.

Esta noción de alguna cosa que debemos á los demás, que debemos respetar en los otros, es la creadora de la primera forma de sociedad comunista, del clan, cuya influencia ha sido tan decisiva para la humanidad, que, de una bestia feroz y repugnante que ni siquiera el uso de la palabra poseía, ha hecho el hombre capaz de todos los progresos.

El conjunto de los deberes recíprocos de los hombres, forma lo que nosotros llamamos Solidaridad.

Que, á consecuencia del estado de guerra—nacido del antagonismo de los deseos de dos individuos que tendían á la posesión de un mismo bien que no podía dividirse y que se extendió hasta ahogar el clan y á sustituirlo por sociedades basadas en la fuerza—la relación natural que debe existir entre los derechos y los deberes se haya alterado; que el *derecho* se haya convertido en un *permiso* difícilmente otorgado por los poderosos á sus esclavos ó á sus súbditos, esto no implica de ningún modo que la noción primordial haya dejado de ser verdad.

Lo que es necesario reconocer, es que el equilibrio ha sido destruido por el abuso, ó simplemente, con mayor exactitud, por el uso de la fuerza como medio de dominación social; es que los derechos y los deberes son concedidos al pueblo en razón inversa de su verdadera relación, en lugar de estar reconocidos por todos como una verdad imprescriptible, como un contrato basado en la inteligencia común y que asegure á cada miembro de la sociedad la mayor suma de *ventajas ó derechos*, á cambio de

la menor suma de obligaciones ó *deberes*.

El derecho de cada uno se extiende hasta el punto en que su ejercicio obstaculiza el derecho del vecino, y, por consiguiente, cesa de ser un derecho para convertirse en un abuso.

La libertad individual ilimitada, el culto del individualismo, conduce al egoísmo, al estado de guerra, que es precisamente el mal que sufrimos y de que nos quejamos. Aquel que no reconozca tener obligaciones para con sus semejantes, no tardará mucho, á tener poder para ello, el día en que su pasión esté en antagonismo con la libertad de los demás, en querer imponérseles, abusar de ellos.

El hombre tiene necesidad del hombre, y esta necesidad, lejos de ser un obstáculo á nuestra emancipación, constituye una admirable armonía. No es, no, la ausencia de reglas lo que produce la vida; es, al contrario, la conformidad de todos los seres, de todas las partículas de la materia, con las reglas inmutables de la evolución universal, sin cuya observación no se puede concebir la existencia de la misma materia, pues estas reglas son las manifestaciones de sus propias energías.

Saverio Merlino

El lado fósil del socialismo contemporáneo (*)

A pesar de sus variedades de escuela, el Socialismo militante es esencialmente marxista. Su literatura no es más que una paráfrasis de las doctrinas del «Capital»; su acción política constituye su aplicación siempre lógica, acaso exagerada.

Además de aquellos escritores que directamente se vanaglorian de ser discípulos del gran escritor alemán y se llaman marxistas de igual modo que en

Italia hay quienes hacen gala de llamarse mazzinistas, los otros, posibilistas, independientes y hasta los anarquistas, están embuidos de las teorías marxistas y á menudo no se distinguen entre sí que por las exageraciones particulares de cada partido.

Es cierto que, aquí, acá ó acullá, se han producido tentativas de rebeldía; los independientes han predicado la idea de un retorno hacia el socialismo integral de antes del 1848, ó, como suelen

(*) Este estudio fué escrito en 1889.

decir ellos mismos, hacia la vieja *tradición* francesa; los anarquistas han opuesto su *veto* á la teoría de la remuneración del trabajo según su duración y su producto. Pero tales rebeldías, es necesario convenir en ello, no han sido coronadas por el éxito. Se sufre la influencia, aunque á regañadientes, de las teorías del materialismo económico y de la lucha de clases, dos puntos fundamentales de la doctrina marxista y se usufructúan involuntariamente al formarse una imagen del plan de una nueva organización social. Por último, en su acción política, encerrados los socialistas en la misma base limitada de las citadas teorías, chocan y se destrozan recíprocamente.

El Socialismo marxista es unilateral. No tan sólo la cuestión económica ocupa el primer lugar, sino que suprime todas las demás. Marx ha hecho de ella una especie de horcas caudinas bajo las cuales debe pasar todo: política, religión, familia, etc. (1). Podría decirse que Marx quiso adelgazar el frente de combatividad del ejército socialista para que el golpe fuese agudo.

Pero hay algo mejor que hacer parangones más ó menos hábiles; vale más que nos remontemos en la historia del Socialismo para buscar las fuentes de la corriente marxista.



Se ha dicho ya otras veces. El Socialismo preexistente en Francia y otros puntos (2), era *integral*. Abrazaba todas

(1) «La subordinación de la cuestión religiosa á la económica», *Capital*, pág. 31, edición francesa.

«Transformando la organización de la propiedad, el matrimonio pierde su razón de ser.» DEVILLE, *Aperçu sur le Soc. Scientifique*, pág. 43.

(2) Rouanet, el brillante escritor de la *Revue Socialiste*, que ha atacado la doctrina filosófica de Marx, ha dado desgraciadamente á su crítica un sabor *chauviniste* que no puede gustar á los lectores imparciales. La nota está simplemente atenuada por la admirable exposición de la cuestión presentada en la Revista. Ya en su tiempo Mazzini vituperaba en las «sectas socialistas francesas» lo mismo que hoy

las reivindicaciones, de orden político, económico y moral, contra la sociedad nacida de la gran Revolución y estudiaba su nexo, manteniendo siempre un justo equilibrio entre una y otra cuestión, sin sacrificar ni subordinar la una á la otra.

Discutía y atacaba todas las instituciones: propiedad, familia, religión, Estado, sin olvidar los problemas colaterales de la educación, de la criminalidad, etc.; declaraba que quería curar todas las llagas sociales: supersticiones, delitos, egoismo, guerra, parlamentarismo (sistema representativo, al cual se oponía el Gobierno directo), y prostitución, y, por último, hablaba en nombre de todos los principios, de todos los intereses y concluía con la entera reconstrucción de la sociedad bajo nuevas bases.

No hay duda que estas ideas eran muchas veces confusas y á menudo contradictorias y que el todo estaba envuelto en un lenguaje místico y metafísico.

El Socialismo no se sustrajo á la influencia de los sistemas metafísicos, no se hizo independiente de la metafísica, hasta la época de Comte y de Marx, con el advenimiento recientísimo del positivismo. Desde entonces va libertándose poco á poco de tal sugestión, é intenta hallar en sí mismo el propio principio orgánico; la armonía universal, según Fourier; la moral, según Owen, la ciencia, según Colins; la libertad, según Proudhon.

Así va tomando siempre un carácter menos abstracto y utópico, principian-do á basarse menos en principios generales y más en necesidades actuales. El método se hace, primero, experimental; después, histórico.

Luis Blanc y Proudhon inician la

se vitupera en Marx, su materialismo. Por lo demás el Socialismo integral tenía en 1848 sus representantes en Italia (Russo, Montanelli, Pisacane), en Inglaterra (Owen, Godwin, O'Brien), y en otras partes.

transformación final que más tarde debía Marx llevar a su cumplimiento. En éstos la utopía no reside ya en el ideal, sino en los medios: Talleres Nacionales y Banco del Pueblo. No obstante, hasta Proudhon, el Socialismo mantuvo su carácter integral. Marx, el gran adversario de Proudhon, determinó entonces la concentración del Socialismo en torno de la cuestión económica (1). Su método es alternativamente histórico y dialéctico, inductivo y deductivo, pero no es aun positivo.

Marx concede al hecho histórico, más ó menos pasajero, como la invención de las grandes máquinas y la concentración de las riquezas, un valor absoluto: hace de él una fatalidad, una categoría histórica. Todo es fatal en la historia: el Capitalismo tanto como su propia caída. Las palabras *fatal*, *fatalmente*, se hallan en cada línea de su libro. No se trata, claro está, de una fatalidad determinada por condiciones físicas, históricas y sociales, sino de una fatalidad estrictamente económica, ciega, brutal, sin fundamento moral, extraña á toda idea de justicia (2).



Durante la primera mitad de este siglo se produjo, sobre todo en los países

(1) «La evolución del ambiente económico actual conduce *fatalmente* á la desaparición de la apropiación estrictamente individual.» (*Aperçu sur le Soc. Scientifi.* pág. 14 del *Capital*.)

«Esta supresión de la propiedad individual y por tanto del salariado y de los males de toda clase que origina, no es una *fatalidad* porque la *justicia* lo quiere, sino porque lo impone *imperiosamente* la evolución del sistema productor.» (*Idem*).

(2) La crítica más imparcial y más científica de los sistemas socialistas en general y en particular de la doctrina marxista, la hizo Dühring (*Kritik. Geschich der Pol. Oekonomie und des Socialismus*), haciendo notar que el programa económico de la Internacional únicamente estaba completo en un punto. Marx, dice Dühring, no nos ha dado una muestra precisa del sistema económico del porvenir y no podía darlo á causa del carácter pesimista de su doctrina; le faltaba la idea del derecho.

Jorge Renard resume del siguiente modo los caracteres del socialismo contemporáneo: «Bajo el impulso de los marxistas el Socialismo se ha hecho fatalista y

más avanzados, como Francia é Inglaterra, una verdadera revolución económica.

El progreso de las ciencias físicas, el prodigioso desarrollo de las máquinas, la extensión del mercado internacional, la abolición del feudalismo, y la circulación de los bienes llamados mano-muerta, habían transformado la industria, multiplicado los cambios, desarrollado el crédito, acumulado inmensas riquezas entre las clases directoras, creado ejércitos de trabajadores con ó sin trabajo y cambiado, en suma, por completo, desde los cimientos, las condiciones de existencia de los pueblos europeos.

Las nuevas relaciones entre las clases, la división del trabajo y la especialización de la industria, las nuevas vías y medios de comunicación, separaron pronto á los consumidores y productores como si fuesen dos ejércitos enemigos próximos á combatirse. Las clases ociosas y militares se contagiaron de la fiebre de producción y del comercio.

Todo convirtiéndose en medio de producción: bienes eclesiásticos, patrimonios de familia, muebles é inmuebles, valores reales, créditos, riqueza, capacidad, reputación, esperanzas y hasta sueños. El santo y seña, «¡á enriquecerse!» voló de un extremo á otro de la sociedad. La ciencia, el arte, la misión religiosa, la política, todo tuvo por objeto adquirir riquezas.

La lucha contra los consumidores dirigióla los productores sin reparar en armas ni en medios. Los mercados rebosaban de mercancías de las cuales se sacaba enormes beneficios, y después de la plétora se sucedían crisis espanto-

materialista en el sentido más estrecho de la palabra. No ha visto en el mundo sino cosas concretas y hechos positivos. Ha desconocido y negado la potencia de la idea y del sentimiento. Por esto ha aportado en la crítica de la sociedad un método nuevo, tan pronto científico como histórico, y en sus proyectos de transformación económica ha preconizado la *fuerza* como medio de acción.» (*Le socialisme actuel en France*, Revue Socialiste. Vol. II, pág. 584).

sas que hacían temblar hasta los cimientos de la sociedad.

La economía Política fué proclamada Ciencia Soberana (hoy se ha convertido en *dismal Science*, Ciencia siniestra), y tradujo en precio, salario y beneficio, no tan sólo el trabajo manual, sino también el de la inteligencia, el riesgo de la invención, el *saber hacer* del intriguante, el genio del poeta, la belleza de la prostituta, el impudor del especulador; toda la vida humana, en una palabra; el bienestar, el progreso, fueron aritméticamente medidos y valorados.

También el Socialismo se resintió del contragolpe de esta revolución y se hizo materialista, es decir, marxista.



Se ha dicho que cuando los romanos de la decadencia juntaron las manos en actitud de ruego á Cristo, perdieron el dominio del mundo.

Al Socialismo le sucedió lo contrario á mediados del siglo XIX. Fija su atención en el desarrollo del Capitalismo, perdió de vista los demás hechos y problemas. Concentró toda su atención en la cuestión económica y se identificó con ella.

Marx tomó como punto de partida la teoría ricardiana del Valor de cambio, que á menudo defendió contra sus opositores (1), y consideró las relaciones entre capitalistas y obreros como si estuviesen reguladas por la justa ley del cambio, según la cual cada uno da lo que recibe. Eliminó, á ejemplo de los economistas, todas las excepciones y descuidó y separó todas las minucias, admitiendo, no obstante, considerarla como una hipótesis. Pero se encariñó con esta hipótesis y se aferró tenazmente á ella, desarrollando despiadadamente sus consecuencias.

Armado con su economía política, ó

como él decía, á caballo sobre ella, exploró todo el campo de batalla, pero fué tan sólo para abandonar al enemigo algunas posiciones ya ocupadas y defendidas encarnizadamente por los socialistas. No discutió, por lo menos al principio, ni la posesión, ni la herencia, ni el monopolio, ni la renta, ni el interés; también en estos fenómenos vió tan sólo una aplicación de la justa ley del cambio. No se limitaba á respetar y admirar esta ley, sino que se entusiasmaba con ella. «La esfera de la circulación de mercancías, en la que se realiza la venta y la compra de la fuerza de trabajo, es un verdadero Eden de los derechos naturales del hombre y del ciudadano. Reina en él únicamente la Libertad, la Igualdad, y la Propiedad.» (1)

Pero, investigando «en el cambio y al propio tiempo fuera del cambio,» (2) descubrió — y nos habla del descubrimiento con una riqueza de imágenes y con estilo tal que revela su entusiasmo — un error oculto en el contrato del trabajo, causado por la elasticidad de la mercancía vendida por el operario: su fuerza de trabajo de una jornada.



Con este pretendido descubrimiento Marx arrancó á la Economía Política sus armas y desde entonces fácil le fué vencerla. No tuvo que hacer sino rehacer el camino en sentido inverso. Tomando de nuevo el análisis de las condiciones de la producción, examinando la recíproca posición del capitalista y del obrero, antes y después de aquella, recordó todas las excepciones que había repudiado, evidenció la particularidad de la explotación capitalista, mirándola de cerca y minuciosamente con toda la pasión del hombre de ciencia y aislándola

(1) *Capital*, pág. 75.

(2) «La metamórfosis» debe producirse en la esfera de la circulación y no puede producirse fuera.» Pág. 70 y 83.

(1) Marx, *Capital*, ed. francesa, nota 2, pág. 33.

la del resto del mundo económico, al cual convergen estas escepciones por medio de acciones y reacciones recíprocas cuyo resultado tiene por objeto neutralizar sus efectos.

Hizo aún más. Llevó su análisis más allá del contrato del trabajo, hasta la

acumulación, la apropiación, la adquisición de la riqueza y de la propiedad, y concluyó allí donde sus predecesores habían comenzado.

Después de haber desposado el Socialismo con la Economía política, obligóles á divorciarse.

(Continuará)

Anatole France

La instrucción libertadora

Discurso pronunciado en la Universidad Popular de Charentón.

Queremos instruirnos; pero ¿qué es la instrucción y qué conocimientos debemos y podemos adquirir?

Hay dos órdenes de conocimientos. En primer término hay los conocimientos profesionales y prácticos, que son sin duda los más necesarios, puesto que dan al hombre los medios de obrar. Ya sabéis que la vida es acción. Estos conocimientos los poseéis. Son vuestra riqueza, duramente conquistada, duramente obtenida. Los conocimientos de otro orden son los teóricos, y aun diré filosóficos, inútiles para el uso inmediato, pero preciosísimos, porque únicamente ellos pueden habituar la mente á observar, comparar y juzgar. Estos conocimientos, ó por lo menos una pequeña parte de ellos, son los que venís á buscar aquí.

¡Y cuánta razón tenéis en querer poseerlos! Con lo poco que podréis adquirir aquí por la noche después del trabajo, vuestra mente se ensanchará y juzgaréis mejor todo lo que os rodea, hombres y cosas.

Si para formarse un juicio se necesitare poseer toda la ciencia, ninguno de nosotros sería juicioso. No se puede aprenderlo todo.

Berthelot decía el otro día, que actualmente un hombre es incapaz de poseer en toda su extensión ni una sola de las ciencias hoy conocidas. Con mayor ra-

zón no es posible ser á un mismo tiempo geólogo, historiador, químico, geómetra, electricista y jurisconsulto. Pero cada individuo puede ejercitar el propio juicio en materias de débil extensión.

Un estudio sobre la formación de la corteza terrestre, por ejemplo, sobre la circulación de la sangre, sobre las aplicaciones de la electricidad; un estudio, asimismo, sobre una obra de arte, sobre un acontecimiento histórico, sobre un fenómeno económico, ofrece, á los espíritus curiosos y sinceros, suficiente materia de reflexión, y medios poderosos de comparar y juzgar. Del estudio de un sólo grupo de hechos científicos ó económicos, sacaréis consecuencias que llegarán hasta sugeriros los medios de mejorar vuestra suerte y cambiar las condiciones del trabajo. La condición de los métodos científicos os permitirá buscar, en lo que os concierne, los efectos y las causas con mayor exactitud y os instruirá y aleccionará para no intentar más que aquello que es posible é intentar todo lo posible. Hay muchos cambios que las mentes mediocres y satisfechas no se dan siquiera cuenta de su posible realización.

Un hombre, siquiera medianamente poseedor de la ciencia, sabe guardarse de las burdas mentiras. Nadie puede desviarle con falsas argumentaciones. Los nacionalistas no le persuadirán de que

son liberales mientras dejen á los frailes en libertad de conspirar contra la libertad; será inútil que los antisemitas inciten á encender de nuevo las hogueras de la Inquisición; no lograrán alejarlo de la lucha social para empeñarlo en guerras religiosas, puesto que únicamente conoce una religión, predicada á todos los hombres sin distinción: la ciencia.

Con el trato de los hombres de ciencia, aprenderéis á desconfiar de las palabras. Los salvajes y los bárbaros creen aún que las palabras tienen por sí mismas una virtud propia. Y como en todas partes hay bárbaros y salvajes, podréis observar con que facilidad los candidatos engañan á los electores con un vano rumor de palabras.

Nosotros observaremos las cosas y no nos dejaremos engañar por las palabras. Las palabras, repito, sobre todo si son bellas, pueden engañar. También las palabras de verdad y de justicia hay que escudriñarlas de cerca. No basta con lanzarlas por los aires para que descendan sobre nosotros como una realidad saludable. Si estas palabras presentan un sentido elevado cuando se refieren á hechos simples é importantes, no expresan, sin embargo, por sí mismas, nada preciso si se aplican á fenómenos sociales que embarazan la mente con su número. Además, cuando se trata de la suerte del gran número, es necesario que la razón haya indicado la verdad, y definido la justicia antes que el corazón las persiga con un amor ardiente.

Y ya que nosotros queremos pedir la

liberación y la vida mejor á la ciencia y á la razón, tened paciencia si os hablo su severo lenguaje. La emancipación, que todos deseamos y esperamos, ¿quién retarda su advenimiento?

El pueblo es el número y es la fuerza; los pesados obstáculos que se le amontonan en su camino podría dispersarlos con un soplo como si fueran briznas de paja. Podría, y de hecho, no puede. ¿Por qué? No es el deseo, no es el corazón lo que le falta. No puede, porque no conoce claramente y con precisión las condiciones sociales, industriales y económicas de su emancipación. No puede, porque aun no sabe proceder, con rigor científico, á su liberación metódica y cierta. Es necesario que construya él mismo los instrumentos de su salvación. No vencerá sino con las armas que haya construido.

Acordaos de la gran burguesía de 1789, que trazó con sus propias manos, ante la monarquía, el entero edificio de sus franquicias y la Revolución construyó sobre el plano dibujado por los filósofos. La conquista de las libertades políticas la hizo en el siglo XVIII el pensamiento y la razón; la emancipación de los trabajadores la harán en el siglo XX la ciencia y el pensamiento. Que el proletariado, á fuerza de reflexiones, adquiera por fin conciencia de sí mismo y del mundo; que se una, en un unánime consentimiento, á la verdad demostrada y en la aplicación de un método racional, y como que él es la fuerza única, se convertirá también en potencia única.

Julio Burell

Penumbra

Pero ¿es que el mundo, y del mundo esta Europa nuestra, van eternamente á arrastrarse en el marasmo?

Este siglo tan grande ha fabricado mucho y ha creado poco; es decir, ha in-

ventado más mecanismos que órganos, más símbolos que cosas y ha satisfecho más apetitos que ideas, más necesidades que sentimientos.

Ya no es posible cruzada alguna por

fe alguna, y el sepulcro de Cristo podría llevarse a su harem el sultán de Turquía sin que el mundo se estremeciese.

Ya la guerra no se hace cuerpo á cuerpo; el más hábil vence del más valiente.

Ya ni siquiera van existiendo enteros las ideas y el sentimiento de la patria; el anarquista francés saluda al anarquista alemán, y le llama «hermano.»

La locomotora vuela rugiendo sobre los rails; el telégrafo escribe nuestras palabras, el teléfono las repite; el fonógrafo las conserva: el cromo y la acuarela copian y vulgarizan la gran pintura; el *bibelot* destrona la estatua; tiene la medicina recursos heroicos para la elegante esterilidad; hay sabios que descubren ya el modo de fabricar tejidos humanos artificialmente; hay otros que llegan con el bisturí á las entrañas sin producir la muerte, sorprendiendo tranquilos los secretos de la vivisección; la sangre se transfundiona; el hipnotismo es casi una ciencia que da reglas para fabricar profetas é iluminados; los hombres políticos, á su vez, han averiguado que toda la felicidad de un pueblo consiste en tener un presidente ó un rey constitucional con su Cámara de diputados y su Cámara de senadores, su policía que encarcele, sus tribunales que castiguen, su Iglesia que ore y su Universidad que enseñe... Si, nuestro siglo tiene todas

estas cosas y sabe todas estas cosas; pero ¿no falta algo? ¿No estaremos ya en el periodo de retorno á las barbaries de la decrepitud?

¡Quién sabe! El cólera, el terremoto, el ciclón, dicen que todavía hay fuerzas terribles en la naturaleza; acaso en el mundo social no falte tampoco la energía de que necesita el cataclismo.

Muchas veces, al acabar el trabajo de la redacción ó al dejar la tertulia del restaurant, he vuelto á mi casa, apenas llegada la mañana, aturridos el espíritu y el cuerpo por las sensaciones de la noche anterior y del pasado día... La hermosura de moda, el drama aplaudido, el discurso ruidoso, una cita, un agravio, una esperanza, un recuerdo. Todo esto voy revolviéndolo en mi cabeza, y cuando acierto á advertir que también yo voy arrastrado por las ruedas de esta habilidosa máquina que un siglo ha tienen montada las clases medias, suelo mirar hacia las aceras, llenas ya de obreros que van al trabajo tiritando de frío, con sus blusas de lienzo remendadas y sus tarteras metidas en un saquito de colores; suelo mirarlos, y me digo:

—Aun no han hecho la atrocidad de ahorcarnos con nuestras corbatas y de amortajarnos con nuestras levitas. ¿La llegarán á hacer?

Letras de todas partes

«Crimen y criminales,» el estudio que encabeza el número de Noviembre de la *Humanité Nouvelle*, de Paris, maravilla y sorprende por la paradójal apariencia de la tesis que en él se sostiene. Y la extrañeza se agranda al saber que su autor, Clarence S. Darrow, es uno de los principales abogados de Chicago. En efecto, ¿no resulta paradójal sostener que los condenados no son más criminales que los que los condenaron y encerraron?

Mientras Lucien Deslinières consagra algunas páginas al congreso socialista de Reims, el Dr. Robert Michels estudia cuidadosamente la psicología del congreso socialista de Dresden, y como actor y testigo, habla de él con conocimiento de causa.

Mariel, pseudónimo de un conocido autor polonés, publica en dicha revista el primer acto de *Les Déblayers*. Esta obra, que apasiona y es apasionada, es

una crítica de la sociedad capitalista y de todos sus puntales. En breve ha de estrenarse en el Teatro del Pueblo de París.

Un cuento de V. Emile-Michelet, *Le Cœur d'Alcyone*, escrito en estilo vibrante y bello. William Platt nos da algunos datos sobre el realismo y el idealismo. L. R. Richard un bellissimo estudio crítico documentado y preciso, lleno de originalidad, sobre la escuela naturalista en el teatro francés. Dignas de leer son las crónicas de arte de Maurice des Ombiaux y de Hirsch. La sección bibliográfica de la revista citada está á gran altura, con las firmas de Gatti de Gamond, Vandervelde, Elie Reccles, Hamon, Jerrold, Perez Jorba, Beaurepaire-Froment, Ion Magura, etc. Son críticas de ciencias sociológicas (feminismo, pedagogía, economía, cuestiones obreras, religiones) en todos los idiomas.

La Pace, de Génova, inserta una brillante conferencia que sobre el *Militarismo* dió el abogado Pedro Gori, y una poesía, *Adua*, del mismo autor. Nos proponemos dar á conocer en España dicha conferencia.

Entre otros escogidos trabajos del *Boletín de la Escuela Moderna*, de Barcelona, hemos leído uno de Alejandra Myrial, *En pró de nuestros hijos*, que es toda una defensa de la libertad del niño, de su personalidad.

Contra los intereses que se disputan la dirección, mejor dicho, la posesión del niño, el de la Iglesia, el del Estado, y el de los padres, se levanta el autor exclamando: «*El hombre no es de nadie; el niño es de sí mismo!*» Es un estudio que merece la atención de los profesores, que en él hallarán el culto á la personalidad,

el respeto al yo infantil, que debería ser la base de la enseñanza.

Luce e Ombra, de Milano, es una «revista mensual ilustrada de ciencias espiritualistas,» en que sus autores nos hablan de muertos que conversan con los vivos, de espíritus que se aparecen y de otras cosas muy bella, muy literariamente escritas, pero muy... metafísicas é hipotéticas. Véase el sumario de 1.º de Noviembre:

León Dénis, La Dirección.—*Una rectificación de Gabriel Delanne*.—*Algunos experimentos con el medium de Augusto Politi*, Olommut.—*Un materialista lógico*, Aquilino Moro.—*Reintegración*, Fides.—*Negación de lo Verdadero*, Falcomer.—*¿Ha hablado Dante?*, Smith.—*Una sesión con el medium Randone*, Carreras.—*Los trastornados*, Marzorati.

La Folla, una revista socialista de Milano, que dirige Paolo Valera, es un latigazo dado á muchas cosas y personas.

Vita Nova, de Génova; *Il Pensiero*, de Roma; *L'Università Popolare*, de Mantova; *L'Art pour tous*, y *L'Ere Nouvelle*, de París, son revistas cuyo mejor elogio será decir que algunos de sus estudios más interesantes los trasladaremos á las columnas de «Natura.»

Además de estos cambios hemos recibido asimismo el de *La Lucha*, de Vigo; *Revista Blanca*, de Madrid; *El Auto-nomista*, de Gerona; *El Productor*, de Barcelona; *El Obrero Moderno*, de Murcia; *Temps Nouveaux*, de París; *Novy Kult*, de Praga; *La Federación*, de Madrid; *La Fronde*, de París; *El Metalúrgico español*, de Madrid; *Tierra*, de la Habana; *Le Réveil*, de Ginebra y *Germinal*, de Madrid.

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Ricardo Mella

La tristeza de vivir

Canten otros «la alegría de vivir». Quien ha visto siempre de frente la vida, quien lleva en los labios continuamente la sonrisa y el alborozo del colegial, incapaz de sostener diez minutos seguidos un sentimiento penoso, quiere cantar hoy la tristeza de vivir.

Contra las profecías infundadas de un amigo, no tengo nada de hipocondríaco; mis horas tristes pertenecen á los veinte años, cuando al caer de la tarde venían sobre mí las melancolías de la *terriña*, las dulces melancolías que me arrancaban hondas canciones. Ahora, ahora, ya entradito en años, no queda más que el disgusto de que no vengan aquellas melancolías con igual intensidad. Después, si alcanzo la vejez, volveré acaso á las murrias de mozalvete, pero no seré jamás un pesimista ni teórica ni prácticamente. Salud, sobre todo, para ver y saber.

No me siento de ningún modo Schopenhauer y, sin embargo, pienso muchas veces como él, «que no vale la pena de vivir».

¿Soy pesimista? ¿Soy optimista? ¡Horror me dan las teorías! No soy ni lo uno ni lo otro: miro simplemente de frente á la vida, entiéndase á la vida tal cual es; sueño luego la vida posible y deseable, la vida digna de ser vivida,

y se me atraganta la forzada tesis de la alegría de vivir.

La tristeza de vivir es lo firme para un alma que siente y un cerebro que piensa. ¿Hay más feroz tortura que la de llevar en la sangre todos los anhelos del bien, de la justicia, del amor y quemarse al contacto de todas las maldades, de todas las injusticias, de todos los odios? Se necesita vivir muy para sí mismo, casi en los términos de lo imposible, ó ser muy bestia para cantar la alegría de vivir.

Mirad á la vida privada: nada hay que no esté tocado, envenenado por la envidia, por los celos, hasta por el rencor. Las más bajas pasiones, los vicios más puercos, los sentimientos más degradantes nos empujan sigilosamente en una guerra despiadada de víboras, á dentellones con toda humana razón, con toda humana bondad. Si queréis permanecer puro y sano, os despedazan á mansalva y sin compasión. Ni aun se consiente ser bueno. Y cuando os habéis imaginado en posesión de una conciencia elevada, de una conducta severa, reparáis, á lo mejor, que muerde allá dentro cobardemente el mal, la bajeza, la basura hereditaria de universal patrimonio. Entonces os sube la amargura á los labios y exclamáis: «no vale la pena de vivir».

¡Qué terrible lucha! Forcejear constantemente contra sí mismo; atreverse á pasar desdeñoso sobre las miserias ajenas; pelear contra todo y contra todos y verse de pronto cogido en las redes de la propia mezquindad, de la propia pequeñez, ¡no hay optimismo que no ceda y claudique!

Sí; por la vida digna de ser vivida hay que cantar la tristeza de vivir. La tristeza mental, la tristeza de la razón, que cae como nube funeraria sobre las carcajadas de la carne, del organismo entero que quiere expansionarse sin importarle un ardite del dolor y de la miseria ajenas.

Ampliad un poco el círculo de observación. El mundo político, el mundo de las ideas (?), el mundo literario y artístico, el gran mundo del trabajo, ¿que os parecen?

Los hombres aseméjanse á muñecos de resorte que repiten la consabida frase ó la aplauden estrepitosamente. No hablemos de las mezquindades, de las farsas, de las ambiciones, de los crímenes ostensibles de la vida pública. Es moneda corriente que no quita ni pone á la honorabilidad de los señores del margen. ¡Qué gran vergüenza haber llegado á tal extremo!

Fábricas de programas, de doctrinas, de teorías, como las de quincalla barata, están dirigidas por las eminencias más afamadas. Cada prógimo se aferra á su tesis y trepa por la escalera sin fin de la audacia de vivir, de vivir á toda costa, al precio de la indignidad, del engaño, de la expoliación, hasta del robo y del asesinato. ¡Oh, la alegría de vivir!

Y no sólo los directores. La multitud imita, sino es que obra por impulso propio de la propia manera. La multitud, todos, adopta su postura, elige su *filosofía* y gravemente, seriamente, lucha á brazo partido por lo mejor de lo mejor: una patarata aprendida de carretilla en cualquier sosaina letanía del

primer tunante á quien plugo enseñar las artes especiales de su especial quiromanía.

Lo esencial es atrapar un nombre, darse una doctrina, encasillarse, ostentar una etiqueta y jugar luego á los partidos, á las escuelas, á las iglesias. ¿Convicción, creencias, fe, sinceridad? ¡Bah! La inmensa mayoría ni se cuida de encubrir el engaño. No se juega á todas esas cosas *inocentemente*. Cada uno vá impulsado por ambición, por envidia, por codicia, y las más ruines pasiones son el motor verdadero de toda agitación.

Más ahí están los artistas, los grandes artistas para embellecer la vida. ¡Qué enorme montón de torpezas, de amasijos bárbaramente preparados! Ellos también trepan como pueden por la empinada cuesta. Cantan el asesinato colectivo postrándose á los pies del Cesar triunfante; pintan las excelencias de la vida de rebaño; dirigen salmos al poderoso é himnos gloriosos á las sanguinarias hazañas de los aventureros de la patria; tienen sus dioses, sus sacerdotes y hasta sus eunucos. Son tan inmensamente grandes que al menor rasguño de la envidia se desnudan ante el respetable público y muestran el horrible esqueleto carcomido, agujereado, polvoriento ya. Y entonces, ellos también procuran atrapar una etiqueta y, una vez atrapada, batallan denodadamente por el realismo, por el romanticismo, por el decadentismo y también... por el esteticismo. En *The struggle for life*, digámoslo en inglés para mayor claridad, ello es necesario para alcanzar las cumbres de la gloria. Y á la verdad, y á la justicia y á la humanidad, ¡que las parta un rayo!

Perdona, lector, que no concluya todavía. Estoy en vena de que me zurren los que cantan la alegría de vivir.

Espera un poco, que ahora le toca el turno á la gran colmena social, al mundo del trabajo. ¿Ves todos esos borregos que van y vienen de la fábrica á la pocil-

ga, del sembrado á la cueva, de la buhardilla á la oficina? Pobres maniqués que trabajan como bestias, ¡y que cobardes son! Pues ellos también tienen su corazóncito. Ahora, en el gran vendabal socialista, siguen á los otros, á los fabricantes de programas y de doctrinas, juegan á los comités y á las elecciones. De vez en cuando corre la sangre: se dejan asesinar como mansos. Es que la alegría de vivir los arrastra á la locura. ¡Y cuantas, y cuantas bajas ambiciones, cuantas pobreza, cuantas sordas contiendas por pasar delante en la peligrosa ascensión por la escalera del deseo! Los jefes, los directores, los que charlan bonitamente en las reuniones, los que despotrican en los periódicos, adoptan así mismo su postura correspondiente y, por la emancipación social de los pobres, á los pobres dividen por el eje llevándolos al fangal de la lucha miserable en que sólo se debaten las ruines ambiciones, las codicias innobles.

Si, como ha dicho no sé quien, es burgués el que piensa bajamente, ¡todo es burgués en el mundo que tenemos la alegría de vivir!

Ya sé, ya sé que no es solamente basura lo que rebosa del pozo. Hay hombres enteros, verdaderamente grandes; hombres de fe y de sinceridad así entre los que descuellan por su genio y por su talento como entre los humildes que vegetan en el silencio, ignorados del todo; hay hombres, hombres de verdad, en cualquier parte. Para éstos precisamente es la tristeza de vivir, la tristeza mental, de la razón. Para estos en la tristeza de vivir porque la realidad malsana en que se mueven ahoga toda su potencia vigorosa de bondad y de justicia. ¿Cómo podrían entregarse á la alegría intelectual, si todo lo que perdura en derredor es deleznable y vergonzoso? Su refugio es

la lucha, la lucha por el bien, por la regeneración del hombre, por la renovación del mundo. Pero la lucha es dolor, es tristeza, es forzamiento brutal de la propia bondad, de la justicia bien sentida. Y, pues, luchar equivale á dolor, la tristeza de vivir, por fecunda que sea en el hombre de bien, es fatalmente la carcoma del corazón y del cerebro.

Repugna, cuando se posee una sensibilidad medianamente desenvuelta, el contacto con todas las porquerías de la vida privada y de la vida pública. Asquea el estómago el continuo rozamiento con la honorabilidad mentida, la justicia ficticia, el amor afectado, la amistad simulada. ¡Desdichado el que va por el mundo en la confianza de su natural bondadoso y recto! Cada desengaño será un hierro candente que le achicharrará la carne. Y los desengaños, uno tras otro, le llevarán lentamente, lentamente á la tristeza de vivir.

¿Revolverse contra el mal? ¡Oh, sí; es necesario! Allá, en la lejanía, asoma el sol fulgente de la nueva vida, la vida digna de ser vivida. La multitud que se refocila en las suciedades de una existencia vergonzosa, la degradada por el azuzamiento de la codicia, de la ambición, de la envidia, de los celos, del odio y del rencor, vendrá á los senderos de la justicia y del amor, porque en cada hombre palpita el anhelo de renovación sostenido por la llama del bien, medio apagada en el transcurso del tiempo infame que nos condujo á la vil y actual negación de nosotros mismos.

Esta vida que algunos quieren que nos inspire la alegría de vivir, trae á mi pluma una palabra sucia...

Perdona, lector; no osaré escribirla. Es la alegría de vivir que estuvo á punto de tornarme grosero.



El lado fósil del socialismo contemporáneo

(Continuación)

Toda la obra científica de Carlos Marx está basada en este doble sentido, en la doble función que atribuye á los antecedentes y á los hechos especiales de la explotación capitalista y á aquella explotación de segunda mano como el comercio, la política, etc., á veces descuidándolos por necesidad de simplificación, á veces insistiendo en ellos por necesidad de demostración. Por esto la legislación inglesa sobre las fábricas, que el autor invoca en cada página, está situada en el libro de modo singular: tan pronto prueba la usurpación del capital en detrimento del trabajo, como la usurpación del trabajo en detrimento del capital.

La importancia de legislación semejante es para él un argumento y una existencia. La defiende contra los sofismas de los industriales, pero concluye afirmando el antagonismo absoluto entre los intereses de los capitalistas y los de los trabajadores.

En fin, después de haber derrotado por completo la Economía política, predica la adaptación de la forma de producción actual al régimen comunista: el *statu quo* suprimido el capitalista. La Economía quedaba vengada.



Se dice que los discípulos están destinados, precisamente porque son discípulos, á exagerar los defectos de los maestros.

Ciertas partes secundarias de la explotación capitalista, como, exceso de la jornada de trabajo sobre la necesidad de la conservación de la fuerza del trabajo, explotación de las mujeres y de los niños, sustitución de las máquinas al hombre, fragmentación mejor que subdivisión del trabajo y cooperación de

fábrica, etc., y, en el campo comercial, superabundancia periódica del mercado, especulación, agio, adulteración de los productos, monopolio, etc., todo esto es inevitable é incorregible.

Se trata de cosas de tal modo enlazadas con el sistema, carne de su carne, y sangre de su sangre, que es imposible enmendarlas sensiblemente sin destruir todo su sistema. Sin semejante ayuda, sin esta continua alimentación, el capital no viviría siquiera un día; la industria y el comercio se paralizarían.

Esto hace que el problema sea insoluble y condena *à priori* á un fracaso toda tentativa encaminada á poner un freno á la explotación capitalista. En cambio, los marxistas han concebido un plan de remedios para todas las formas y minucias de la explotación. Todo está previsto, cada abuso encuentra un freno (1). Si todos estos reglamentos rebosantes de multas, meses de cárcel, inspecciones y prohibiciones, que no concluyen nunca, fuesen publicados, ó mejor dicho, si volvieran á publicarse, ya que la reglamentación del trabajo no es nueva en la historia, no tan sólo el sistema económico actual, sino cualquier otro, sería imposible.

Hagamos notar de paso, que, llegado á este punto, el materialismo económico entra en conflicto con el carácter científico del socialismo marxista. El *minimum* del salario, el límite de duración del trabajo, como también las prescripciones higiénicas en los talleres, etc., no son de ningún modo impuestas por las

(1) Véase el *Programa definitivo del partido obrero francés, su historia*, etc., de J. Guesde y P. Lafargue (París 1883), y los resúmenes del Congreso Internacional posibilista y marxista de París, 1889.

leyes inmanentes de la economía. Ésta no se preocupa para nada, por ejemplo, de la suerte de las mujeres y de los niños, mientras haya siempre abundancia de carne humana que utilizar.

Es necesario reconocer, por lo tanto, que poco á poco comienzan á insinuarse consideraciones de orden moral en la filosofía marxista, al mismo tiempo que el fatalismo económico se va sustituyendo por una creciente confianza en el Estado.

Por lo demás, las reformas preconizadas por el marxismo son consideradas tan solo como un medio de agitación, como una provocación á la lucha. La revolución vendrá después.

El axioma de Marx es que «la socialización del trabajo y la concentración de sus energías» se producirán durante el período capitalista. «Los elementos materiales é intelectuales de la forma colectivista de la propiedad están constituidos por el mismo desarrollo de la sociedad capitalista» (1). *La cosa es ya un hecho consumado*, escribe ingenuamente Guesde (2). «La producción individual cede cada día más el paso á la forma de Sociedades y Compañías anónimas, á una especie de propiedad colectiva» (3). Estas Compañías anónimas, como también los monopolios del correo, de los telégrafos, de los ferrocarriles, etc., de los cuales se han apoderado ciertos Estados, ¡cuántos madrigales no han inspirado á los socialistas autoritarios!

De este modo ya no quedaría para corregir sino los efectos de la intrusión del capitalista; con poner de lado al

parásito todo estaría terminado. Trátase únicamente de que se eche atrás el capitalista, el cual, hasta el presente, ha mantenido á distancia al obrero, ó como ha dicho un poeta socialista inglés, *cambiar la mesa de sitio*, sustituir el tercer estado por el cuarto, aún á trueque de colocarse sobre un terreno sin fin.

El mérito, y al propio tiempo el desmérito de la doctrina marxista, lo que le da aires de triunfo y ocasionará su abandono, es su incomparable *simplicidad*. Lucha de clases, conquista del poder por el proletariado, expropiación del capitalista: he aquí la serie progresiva del marxismo.

Presentándose la lucha de clases como fatal, es el único propulsor histórico (1). «La ley del progreso económico es la expropiación» (2).

El capitalista ha expropiado y expropia al obrero y al campesino. El obrero y el campesino expropiarán al capitalista. Ley del talión, lógica del pecado original, *divinidad del hecho*. Lo que provoca y determina el conflicto es la acumulación de los efectos de la expropiación en cualquier período histórico. Hoy es la polarización de la riqueza de un lado de la sociedad, y del opuesto la miseria.

Pero esta centralización ¿se ha confirmado? ¿Es indefinida? ¿Es verdad que el obrero sea más miserable que cincuenta años atrás? ¿Es verdad que la producción y el comercio se centralizan cada día más, especializándose como profetizaron Marx y la Economía política? (3). ¿Acaso

(1) Véase el Programa citado.

(2) «Lo que permitirá al proletariado, dueño del poder, poner los instrumentos del trabajo industrial y comercial á disposición de la nación obrera, es que, si así puedo expresarme, *la cosa es ya un hecho consumado*.» (Guesde: *Services publics*, pág. 24).

(3) Id. pág. 10.

(1) Engels, en su *Origen de la familia, de la Propiedad y del Estado*, (edición alemana de 1884), presenta como fuerza motriz de la evolución, la necesidad de la producción (económica) y de la reproducción (de las especies). Desviado de este modo de una homonimia se contradice y refuta él mismo.

(2) Guesde, obra citada, pág. 20.

(3) Kropotkin ha dado cifras muy demostrativas

la extensión de la maquinaria no ha llegado á su apogeo y no ha comenzado ya el trabajo con la máquina á domicilio que hace independiente al obrero?

Estos son problemas que esperan su solución del porvenir, pero tales como hoy se presentan constituyen por sí mismos una formidable objeción al marxismo. Los laureles que éste ha conquistado en el campo de batalla principian á marchitarse.

Además, el feudalismo capitalista no toleraría un monarca absoluto. En la cima de la economía, como de la inteligencia, reinan la independencia y el libre acuerdo. En la parte más baja de la escala no se produce de ningún modo la concentración. El campo de la competencia internacional se ensancha. Otros pueblos, otras clases, otra humanidad, llegan para tomar parte en la lucha por la vida. Fuerzas extrañas á la Economía entran en liza: el desarrollo intelectual, la emigración de los campesinos hacia la ciudad, la fraternización creciente de los pueblos, la Ciencia que ofrece al hombre nuevas armas y despierta en él necesidades de orden superior, todas estas fuerzas dan cada una su empujón.

El bienestar es un aliado del progreso, por lo menos tan poderoso como la miseria, convertida por los marxistas en *bene suada fames*. Del propio modo la conciencia moral que se va formando en las clases obreras, es otro aliado del progreso como el mismo bienestar moral.

Siendo la teoría marxista de un relativismo desolador, su momento psicológico tiene que pasar pronto. La preponderancia que durante el siglo XIX ha adquirido la cuestión económica sobre todas las demás, por el acrecentamiento

rápido de las riquezas y la conversión en mercancías de los medios de producción una vez inmovilizados en manos de los que las poseían, toca á su término.

Se determina un movimiento político y científico procedente de los más profundos escondrijos de la organización social presente, y en su torbellino arrastra todas las instituciones de nuestro tiempo. La Sociología, la Ciencia política, la Historia, la Etnografía, la Paleontología, la Antropología criminal, la Moral, presentan cada día problemas nuevos y ofrecen nuevas armas de combate á los defensores y á los adversarios de la sociedad actual.

El campo de batalla se ensancha de este modo para todos; únicamente los marxistas permanecen aferrados á la teoría del capital y del mayor-valor (*plus-value*), como un viejo inglés se aferra á su Biblia. «De todas las clases subsistentes hoy enfrente de la Burguesía, únicamente el proletariado forma una clase realmente revolucionaria. Las demás perecen y se extinguen ante la grande Industria» (1).



Este apartamiento de la clase obrera de todo el resto de la sociedad podía ser útil y necesario en principio cuando el proletariado se puso en marcha por el camino del progreso, pero fué un error perseverar en semejante separación.

La Internacional se ocupó tan sólo de la emancipación del trabajador. Los marxistas han dulcificado la fórmula y la dificultad, proclamando que «la emancipación de la clase productora (no se dice ya, de los obreros) será la de todos los seres humanos», lo cual es verdad, pero únicamente relativa á la cuestión exclusivamente económica.

Pero, no obstante, han insistido sobre

sobre la descentralización industrial y comercial en Europa en su estudio: *la bancarrota del sistema industrial*, publicado en la *Nineteenth Century* de Londres, en la *Société Nouvelle* de Bruselas y en la *Rivista Popolare* de Roma.

(1) *Manifiesto de los comunistas*, Marx y Engels, 1847.

la «separación de las clases en todos los terrenos, y guerra de clases para llegar á suprimirlas» (1), y han pretendido además, «transportar sobre el terreno político (léase electoral) el antagonismo de intereses existente en el taller entre asalariados y patronos» (2).

Han llamado á sus elegidos «obuses lanzados en los Municipios de la Burguesía».

¡Nunca tal hicieran! Los obreros les han tomado la palabra y han comenzado desconfiando de sus propios catequizadores. Ejemplo: el exclusivismo de los partidos obreros en diferentes países. De hecho ¿por qué no se ha efectuado nunca la unión socialista en Francia? No ciertamente por diversidad de programa, sino por la pretensión de cada fracción á ser la única representante de la clase obrera organizada.

¡Qué importa que detrás de esta clase exista la multitud de los obreros no organizados é inorganizables por su miseria é ignorancia! ¡Qué importa que delante y en los flancos de esta clase organizada, haya los libres combatientes salidos de las filas de la burguesía, unidos á los obreros por sentimientos é intereses verdaderamente económicos!

Organización de la clase obrera—había dicho Marx—; Obreros de todo el mundo: uníos! ¿Pero qué es lo que se entiende por organización? ¿Las Sociedades de Socorro Mutuo no son una forma de ella? ¿Son, acaso, las Ligas de Resistencia, las Cámaras del Trabajo, las Sociedades de Oficio, las *Trades-Unions*? No. Por organización se entendió la organización política «para la conquista del poder,» salvo con contentarse provisoriamente con la conquista de los municipios, y disputar sobre palabras, como candidatura de clase ó candidatura obrera.

(1) Logogrifo propuesto por Deville en su *Aperçu sur le Socialisme Scientifique*, pág. 10.

(2) *Le programme définitif*, pág. 9.

Después de tantas fanfarronadas los marxistas se han alejado del objetivo revolucionario para dar de bruces en el camino del parlamentarismo *Sic transit...* y lo que sigue.

«Para defenderse contra la «serpiente de la propia tortura» es necesario que los obreros formen una sola cabeza y un solo corazón; que con un gran esfuerzo colectivo, *con una presión de clase*, levanten una barrera infranqueable, un obstáculo social que *les prohiba* venderse «por libre contrato» al Capital, tanto ellos como sus propios hijos» (1).

¡Qué los obreros se prohibieran á sí mismos venderse libremente! En estas líneas estaba escrita toda la impotencia de la Internacional y de los Partidos Obreros que la han sucedido.



Pero esto no basta. Según Marx, la clase obrera tiene la misión histórica de reformar completamente la sociedad; es una misión que le está reservada y que realizará adueñándose del poder político, y una vez dueña del poder, cesará de existir como clase. ¡Parece una fantasmagoría! Y sin embargo, Marx y Engels nos enseñaron en su Manifiesto Comunista de 1847, que, «si el proletariado... se convertirá en clase dominante por medio de una revolución y como á tal suprimirá por la fuerza las antiguas condiciones de producción, *suprimiendo por esto mismo* las circunstancias que hacen posibles los conflictos de clase y *suprimirá al propio tiempo su PROPIA DOMINACIÓN COMO CLASE*» (2).

¡He aquí á que paradoja nos conduce el simplicismo marxista! Á una absurda

(1) Marx, *Capital*, pág. 130, edic. francesa.

(2) El primer acto con que el Estado se constituirá realmente en representante de toda la Sociedad—la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la Sociedad—será al mismo tiempo su último acto como Estado. El gobierno de las personas cederá el puesto á la Administración de las cosas. (Engels, *Social. utópico y Social. científico*.)

concesión del suicidio de la clase trabajadora, al apogeo de su poderío.

¿Se ha visto alguna vez en la historia algo semejante? ¿Se ha visto alguna vez á una entera clase, aunque sea poco numerosa (como lo serán relativamente los obreros organizados en el momento de la revolución), suicidarse como un vulgar amante traicionado ó como un simple particular después de una quiebra? La utopía salta á la vista del más ingénuo.

Los jefes de la clase obrera organizada se apoderarán del poder, organizarán el trabajo, los servicios públicos, una administración y una burocracia y sabrán introducir, por medio de impuestos ó análogos, en la distribución de los

productos del trabajo, distinciones y desigualdades correspondientes á las que pasarán entre sus respectivas funciones y las de los humildes obreros manuales.

De este modo los marxistas franceses, que tienen sangre blanquista en las venas, conciben la revolución. El Partido (el suyo, naturalmente) principiará apoderándose del poder; cada grupo local imitará en su centro esta toma de posesión constituyéndose en poder revolucionario local y nombrando delegados para los diferentes oficios; se armará á los obreros y se les enviará á combatir, y el *partido* permanecerá en el poder apoderándose al propio tiempo de los edificios públicos, bancos, etc.

(Continuará)

Donato Luben

El trabajo base social del derecho

I

Para afirmar y asegurar sólidamente, sobre bases de la más moralizadora é incorruptible justicia, la libertad de los humanos, tras promover, como, desde luego, es consiguiente, la emancipación económica de las clases esclavas, procurará el socialismo la consolidación de su obra redentora, vaciándola en la fórmula solemne de la autonomía individual y de la libre iniciativa á fin de que todos los hombres, redimidos y dignificados, puedan gozar con entera libertad y sosiego del producto íntegro de sus obras y realizar constantemente, en su misma iniciativa y autonomía, radiantes de placer y de ventura, los portentos que les están reservados.

El trabajo, base social del derecho, pues que, según Lerminier, *el derecho es la vida entera*, garantiza á los individuos en el pleno disfrute de todas sus libertades, y en la cooperación volunta-

ria—al asociarse é inteligenciarse libremente para producir y ordenar—encontrarán los hombres del porvenir la clave redentora de poder llenar dignamente sus deberes sociales sin hacer abdicación de su libertad y sin que sufra el más leve detrimento la autonomía del individuo.

El individuo, libre en toda la extensión soberana de su autonomía, para relacionarse con sus semejantes y poder llenar cumplidamente *sus obligaciones sociales*, bajo la égida del socialismo netamente libertario, dispondrá á su discreción de todas sus facultades, fuerzas y aptitudes, asociándose, en la forma y manera que más le convenga y agrade, á la gran obra humana de la producción de la riqueza bajo cualesquiera de sus infinitos aspectos y *pagando* así, mediante la verificación voluntaria de esfuerzos de trabajo útiles al fomento de

la prosperidad material y moral del género humano, los *beneficios, comodidades, afectos y derechos* de que á la sazón goce socialmente, con toda libertad, dignidad é independencia.

Garantizada por el trabajo la autonomía del individuo, siendo el trabajo la base social de todo derecho y libertad, seguros estamos de que, toda injusticia humana, en un régimen cual el régimen socialista, cuyo sustentáculo más firme es el trabajo, será imposible, ya que el trabajo es el manantial copiosísimo de toda grandeza fecunda, la fuente inagotable de toda dicha y bienestar, la emanación poderosa de toda virtud, de toda equidad, alegría y regocijo, el *summum*, en fin, de toda rehabilitación y exaltación humanas.

La sociedad comunista por cuyo advenimiento abogamos, proporcionará al individuo el disfrute libérrimo de todo género de derechos morales, intelectuales y materiales, de instrucción, de nutrición y de recreo; y el individuo, en justa reciprocidad, dará á la sociedad, voluntaria y libremente, todos los esfuerzos latentes en su sér, todas las energías de su potencia física y todos los destellos invadores que irradiar puedan de su cerebro. Así, cooperando á la producción del bien general, podrá el hombre emancipado proclamarse libre y gozar, alegre y dignamente, de la vida, sin hacerse daño á sí mismo, ni hacerlo á los demás, viviendo con toda conciencia en *sí y para sí, como fin y no como medio*; en una palabra, desarrollándose augustamente en un buen medio social de absoluta independencia, de amor, de paz y de fraternidad.

La libertad, verdadera profilaxis de todo mal social, no puede emanar de otras fuentes que no sean las puras fuentes copiosísimas de la fecundidad y del trabajo.

Trabajar es *orar*, es dignificarse, es, en fin, ponerse honradamente en condi-

ciones de vivir con altivez serena, como hombre racional y soberano señor de la tierra.

Para eso, para dignificar el mundo, proclamamos los socialistas el trabajo como única base social del derecho, porque del trabajo se desprenden abundantes todo bien, moralidad y belleza y porque sólo en el trabajo vibran armoniosas las notas redentoras de todo lo grande, regenerador y fraternal.



El trabajo es la modificación esencial del derecho, porque el trabajo es el único medio sólido, eficaz, razonable y permanente para relacionar al individuo con la sociedad y viceversa, ya que del trabajo, puro manantial de bienes sociales y humanos, brota la fuente inagotable y perenne de todas las libertades, de todos los goces, afectos y fruiciones y aún de la propia fraternidad, por medio del cambio libre de servicios y de la división fecunda de sus múltiples operaciones. Como que, indudablemente, el trabajo regula todas las complejas relaciones de la actividad, de la inteligencia y del pensamiento.

Síntesis gloriosa de toda moralidad y aún de la propia justicia, ya que lo es de la solidaridad, el trabajo, en la sociedad del porvenir, será el regulador equitativo de toda relación armónica entre el *deber* y el *derecho*, pues que sólo por el trabajo podrá el hombre emancipado llenar cumplidamente la augusta finalidad de su existencia libre, practicando *voluntariamente las imposiciones libérrimas del deber*, para así entrar de lleno, por *derecho propio* y dignamente, en el pleno disfrute de la libertad.

Sociológicamente hablando, el derecho supone la *remuneración de deberes individuales cumplidos ó que se está firmemente resuelto á cumplir*. Es, pues, evidente que el disfrute libérrimo de un derecho individual, trae, ó debe traer,

consigo aparejada á su feliz disfrutario la *obligación indeclinable*, aunque voluntariamente aceptada, del cumplimiento de un deber social.

La sociedad futura, sabiamente inspirada por las justas orientaciones de la moderna ciencia social, informará toda la filosofía del derecho en las armonías del deber, voluntariamente aceptado y practicado por todos los hombres y según convenga al libre desarrollo de la prosperidad general.

Se nos dirá, tal vez, que si reconocemos, desde luego, el derecho indeclinable de los individuos á disfrutar de los bienes sociales libremente y sin tasa, y después dejamos á la libre voluntad individual, el cuidado íntegro de llenar ó no sus deberes sociales mediante el trabajo, nos exponemos á que una parte más ó menos numerosa de los hombres, después de haber disfrutado sendamente de todos sus *derechos sociales*, se nieguen á llenar sus *obligaciones*, alegando para ello que, *en uso de su autonomía, no les place trabajar ni ocuparse en cosa alguna útil*.

Pero á esto objetaremos nosotros, que el hombre no es tan perverso, bajo y haragán como pretenden los partidarios de las medidas coercitivas, del premio y del castigo, y que la dignidad humana está casi siempre interesada—esto hasta en la presente situación de explotaciones y de engaños—*en vivir de sus propios medios*, ya que, ni aún los mismos despojadores del pueblo, tienen á honor confesar públicamente que viven á expensas del sudor ajeno.

Y si esto sucede hoy día, cuando todos seamos trabajadores, y contemos con idénticas facilidades para llenar dignamente nuestros deberes sociales, ¿quién será capaz, no estando loco rematado, de negarse á trabajar voluntariamente sabiendo que el trabajo es el único medio honrado de poder recabar y obtener dignamente toda libertad, bienestar y

consideraciones sociales á que el hombre debe aspirar en un mundo libre viviendo en sí y para sí, como fin y no como medio?

Bajo el actual estado de derecho, la vagancia es un fenómeno social lógico y *naturalísimo*. El trabajo resulta á la hora de ahora el tremendo azote de los trabajadores que viven muriendo entre horribles fatigas, miserias, vejámenes y sinsabores. Trabajar supone en nuestros días condición de inferioridad. La palabra *obrero*, no solamente es sinónimo de evidente pobreza, si que también de ignorancia y de brutalidad.

Un trabajador, no obstante la vigencia de tantas leyes democráticas y de tanto precepto constitucional, es *un cero á la izquierda* que significa muy poca cosa socialmente considerado.

Pasto de la explotación, materia de negocio y pedestal de ambiciosos y de farsantes, la existencia del pueblo obrero es un continuo martirio.

Aquí—este es un dicho vulgar aceptado como axiomático por todo el mundo—aquí el que más trabaja menos gana. Sólo los vagos medran, campan, triunfan y bullen. Y siendo esto evidente de toda evidencia, de una evidencia incontestable, ¿cómo extrañar, pues, que bajo tal estado de cosas la vagancia cunda y que sean muy pocos los hombres verdaderamente heroicos que no aspiren á gozar de sus tiernas dulzuras?...

Pero bajo el régimen socialista á cuya instauración aspiramos, las cosas no serán cual hoy son. Dejará el trabajo de ser un tormento inhumano y un signo de esclavitud evidente, para convertirse en la función más noble, dignificadora y elevada de todas las funciones sociales, y la vagancia se hará imposible por la sola virtud imponderable de ser proclamado el trabajo la única luz suprema que rija los destinos de los hombres libres.

Entonces, dejando el trabajo de estar

sujeto, en la marcha de su desenvolvimiento productor y reproductor, al capricho, á la rutina ó á la conveniencia de la ambición capitalística, tomando nuevas orientaciones y adoptando métodos racionales, progresivos y de fácil adaptación á las necesidades de cada época, país y clima, sujeto únicamente á los accidentes inevitables de las innovaciones útiles al fomento del bien general, el trabajo constituirá el encanto de la vida, un *sport* agradable, y nadie se negará á realizarlo voluntariamente, ya que, como ha dicho, tan sabia cuan elocuentemente, un escritor socialista tan notable como desgraciado, *«el trabajo es el verdadero aliciente del apetito, la única salsa de una buena digestión y la más acertada y provechosa regla higiénica*, porque el trabajo, realizado entre todos con prudente norma (como deseamos los socialistas que se

realice), en la gran división y alternativa de las faenas no resultará, como hoy resulta, improbo ni repulsivo, sino que, por el contrario, constituirá la felicidad y el encanto más placentero y hasta poético que darse pueda de la existencia, al par que de la salud y de la vida...»

Psíquica, moral é intelectualmente hablando, el hombre es el resultado del medio en que vive.

Es, pues, seguro que, cuando se desarrolle en un buen medio, bajo la influencia benéfica de un ambiente de paz, de libertad y de trabajo, de amor, de igualdad y de fraternidad, el hombre quiera ser libre dignamente, trabajando con voluntad y esmerándose, perseverante y digno, para llegar al extremo más elevado de su exaltación intelectual, moral y estética y disponerse á entrar de lleno en el glorioso apogeo de todos sus derechos, libertades y fruiciones.

(Continuará).

Clarence S. Darrow

Crimen y criminales

Conferencia dada á los prisioneros de la cárcel de Chicago.

Si yo considerase las prisiones, los crímenes y los prisioneros como los considera todo el mundo, no vendría aquí á hablaros de este tema. Si vine aquí á tratar la cuestión del crimen, es por la simple razón de que de ningún modo creo, si he de decir la verdad, en el crimen. El crimen, tal como generalmente se comprende, no existe. No creo haya ninguna especie de distinción entre la verdadera condición moral de los individuos encerrados en las cárceles y los que están fuera. Tan buenos son los unos como los otros. Ni los que están aquí, ni los que están fuera de aquí, pueden evitar estar donde están. No creo que las gentes estén en la cárcel porque lo merezcan. Están en ella por la única razón que no pueden

impedirlo, dadas unas circunstancias que son enteramente independientes de su voluntad y de las que no son responsables.

Supongo que muchos de los que están fuera, si pudiesen oírme, dirían que os hago un mal en hablaros como os hablo; pero como el mal no puede ser muy grande, poco importa lo que puedan decir. Las buenas gentes que no están encerradas dirían que os enseño cosas que perjudican á la sociedad, pero yo creo que es muy bueno que de tanto en tanto se escuchen cosas diferentes de las que generalmente oímos de los labios de los predicadores y otros individuos de esta especie. Estos os dirían que es necesario ser buenos para poder ser luego ricos y felices. Sabemos perfectamente que

no se vuelve uno rico siendo bueno tan sólo, y esto explica como hay tantos que procuran enriquecerse de cualquier otro modo prescindiendo de la bondad. Lo que hay es que vosotros no habéis logrado enriqueceros, como han hecho los que están fuera de aquí.

Hay gentes que se imaginan que todo en este mundo es accidental. Pero á decir verdad, el azar no existe nunca. Muchas personas admiten que un gran número de individuos que están en la cárcel no debieran estar en ella. Mi opinión es que nadie debe estar encerrado, que las prisiones no deben existir. Si los individuos que están fuera no fuesen tan ambiciosos y tan cobardes en sus relaciones con los que están encerrados aquí, no existirían instituciones como las cárceles.

No deseo haceros creer que todos los que estáis aquí sois unos ángeles. No os creo ángeles. Sois individuos de todas clases, que vivís como podéis, y evidentemente no muy bien; gentes de toda especie y de todas condiciones y sometidos á todas las circunstancias. En un sentido, cada uno es igualmente bueno é igualmente malo. Dadas las circunstancias, todos hacemos el bien que podemos. Pero tocante á los motivos exactos por los cuales estáis aquí, algunos de vosotros sois culpables y otros no. Unos han cometido este «acto especial» por necesidad de dinero. Otros lo han cometido porque nacieron para cometerlo, lo cual es tan natural en ellos como á mí ser bueno.

La mayoría de vosotros probablemente no tiene nada que decir contra mí y me trataría como hacen las demás personas, acaso mejor de lo que me tratarían los que están fuera, porque vosotros suponéis que yo creo en vosotros y los otros saben que yo no creo en ellos. De todos modos, aunque ninguna animadversión tuviereis contra mi persona, de todos modos me robaríais mi bolsa. No

creo que lo hicieran todos, pero pienso que algunos sí, porque robar es la profesión de algunos de vosotros. Algunos, si hallaren abiertas las puertas de mi casa, entrarían, y si vieran algo de lo que necesitan y no tienen, se lo llevarían, no por odio contra mí, sino porque es su oficio. Creo que la mayoría de vosotros no me robaría mi bolsa; pero sé también que cuando estoy fuera de aquí casi todo el mundo me roba. Algunos de vosotros, cuando tienen necesidad de dinero, desbalian á uno en cualquier esquina, pero cuando yo quiero alumbrar mi habitación ó mi despacho (1), también me roba la compañía del gas haciéndome pagar un dollar por una cosa que vale 25 centavos, y, sin embargo, todos los de la compañía son buena gente; son los pilares de la sociedad y los puntales de la Iglesia, y muy respetables además.

Cuando tomo un tranvía, me roban; pago cinco centavos por un trayecto que solamente vale dos y medio, y esto, simplemente porque un grupo de personajes ha corrompido la legislatura y todos tenemos que pagarle un tributo.

Si no quiero caer en las garras del trust del gas y decido quemar petróleo, entonces quien me roba es Rockefeller, que emplea una parte de su dinero en edificar universidades y sostener iglesias cuya función es enseñarnos á ser buenos.

Algunos de nosotros están aquí por haberse apropiado objetos con un falso pretexto, y sin embargo, tomo un gran periódico del domingo y leo los anuncios de un gran comerciante (*Merchant Prince*) que dicen: «Cinturón de camisas por 39 centavos, valor 3 dollars.»

Cuando leo los anuncios de un periódico veo que todos son un embuste. Si quiero ir á buscar un lugar cualquiera sobre la superficie de la tierra para establecerme, observo que toda la tierra tiene ya su dueño antes de llegar yo y me

(1) El autor es abogado.

dicen: «Fuera de aquí, nadad en el lago, volad por el aire, id donde queráis, pero marchaos de aquí.» Y esto ocurre porque estas gentes propietarias tienen á su favor la policía, las cárceles, los jueces, los abogados, los soldados y todo lo demás para arrojar á todos los que encontraren en sus dominios.

Muchos os dirán que todo esto es verdad, pero que todo esto no os disculpa. Estos hechos no disculpan al hombre que escudriña mis bolsillos y se larga con el billete de cinco dollars que ha encontrado. El hecho que la compañía del gas soborne cada año los miembros de la legislatura y fije de este modo la ley de manera que os veáis obligados á quedar desbaliados; el hecho que las compañías de los ómnibus y las compañías del gas sean los amos de la calle y el hecho que los propietarios posean toda la tierra, dirán las buenas gentes que nada tiene que ver con vosotros...

Veamos si hay alguna relación entre

los crímenes de las clases respetables y vuestra presencia en esta cárcel. Muchos de vosotros están en la prisión porque realmente han cometido un robo con fractura, de noche, en una casa habitada. Muchos están encarcelados porque han robado alguna bagatela. A esto se llama, según el lenguaje de la ley, apoderarse del bien de otra persona. Algunos de vosotros penetraron en un almacén y se llevaron un par de zapatos sin pagarlos. Algunos hay, asimismo, que probablemente han cometido asesinatos. Me es imposible precisar porque estáis aquí cada uno de vosotros. Muchos de vosotros habrán cometido una ú otra de estas cosas sin saber realmente porque las cometieron. Yo creo saber porque las habéis cometido: las cometisteis porque forzosamente teníais que cometerlas. En este momento os parece que podíais elegir entre cometerlas ó no, pero esta elección era imposible por parte vuestra.

(Continuará.)

José B. Burgas

Durante la "Sonata"

Adagio con motto

Quise saber á ciencia cierta qué cosa era el arte exquisito de los privilegiados y en qué consistían esas sesiones *di camera*, dedicadas á la sublime belleza y cuya veneración es un mito; ese snobismo artístico, especie de betún intelectual con que disfraza la burguesía de hoy sus patas de hipopótamo.

La sala de conciertos presentaba un aspecto deslumbrador. Á juzgar por el número de pecheras almidonadas, por los escotes de las mujeres, por los brillantes y por el olor á *pachuli* cualquier reporter rotativo hubiese dicho que se había allí congregado lo mejor de la sociedad.

No obstante, entre la selecta concurrencia que llenaba el local, pudieron reconocer mis ojos á mucho pillo y á mucho imbécil. Descontando cuatro docenas de hombres todos del oficio, conocedores de la técnica musical, que apreciaban el mérito de la composición y las facultades del concertista, las demás personas que formaban el auditorio parecíanme figuras de cartón-piedra sin conciencia siquiera de la *bella mentira* que en su paso por la vida representan.

En el palco presidencial lucía su bastón de mando la primera autoridad gubernativa; su delicado ministerio le impedía embeberse en la *Sonata* que se estaba ejecutando, pues á cada punto entraban policías á mascullarle noticias

al oído. Ocupaba el proscenio un magistrado patilludo, de labios gruesos y frente de gorila; en su semblante cínico, imperturbable, no había huella de emoción alguna; quizás aquella misma tarde había *despachado* á un reo para la última pena y era caso de no desvanecer la gravedad de su carátula. En el anfiteatro presentóse una célebre y hermosa *cocotte* con un traje de raso elegantísimo, cuya aparición fué un suceso para las mujeres honradas, que no se cansaban de dirigirle los impertinentes. En otro palco había, contrastando con la belleza, la representación de la fuerza en la semi-persona de un general hidrópico y candidato á la apoplejía. En el contiguo se veía, no ya ensimismado, sinó materialmente dormido á un prestamista y propietario de la clase de los urbanos, en cuyas casas no admite á familias de trabajadores si no es con anticipo de un año de alquiler. Y, finalmente, en la platea abundaban las niñas cloróticas que aman la música porque no son amadas por los hombres; las mamás con marido y suplente, los *diletanti* melenudos, los corredores de comercio, los abogados, los bolsistas, los médicos y demás *obreros de la inteligencia*, que, á juzgar por el charol de sus botas ó el cosmético de sus bigotes, formaban con los entusiastas devotos del Arte en su acepción más pura.

Scherzo

El *leit motive* se iba desarrollando con brillantez harmónica. Las bellas sonoridades descritas en la partitura de Beethoven se desprendían del magestuoso *Erard*, de gran cola, como un incienso embelesador que obraba á modo de dulce y enervador narcótico en los sentidos del auditorio, en tanto que por los ámbitos del salón vagaba el genio del músico inmortal cabalgando en ondas sonoras de inspirada melodía.

Mi voluntad era entregarme por com-

pletó al ambiente que me envolvía y abismarme enteramente en la idea musical de la *sonata*, pero, no pude, de ninguna manera. En mi alrededor todo distraía la atención de mi espíritu. La tan cacareada misión del arte desmentía á todas aquellas gentes.

El pianista, un mozo rubio, afeminado, de anchas espaldas y pies de ganso, al deslizar sus enormes manos por el teclado, dejando caer en mitad de su pálida frente un hermoso bucle, se me antojaba un estúpido vanidoso que malgastara sin provecho alguno sus cualidades de faquín.

El gobernador, en su palco presidencial, con sus cuchicheos policíacos que trascendían al exterior, velando el sueño de la paz y del orden, en previsión de populares venganzas, me parecía un solemne espantarrajo, un papamoscas sin dientes, feliz en su poder autoritario.

El magistrado, fijos sus ojos sensuales en la hembra más cercana, me hacía suponer cómo se juzgarán en nuestras audiencias los crímenes impulsados por el amor, la noble pasión que eleva y que fecunda.

El general, con su inmensa barriga de rana-madre, medio echado en su asiento, presentaba el aspecto de un héroe caído y moribundo.

El propietario, repasando en su memoria los deshaucios del día siguiente y dando de vez en cuando una gran cabezotada precursora de su dormir tranquilo, tenía todo el tipo del moderno Sancho, amo y señor de las modernas insulas.

Las niñas cloróticas, pegadas á los lentes de sus gemelos ridículos, semejabán ídolos voluptuosos de pan-manteca.

Las afrodisíacas *señoras* de alto porte, desfloradas vergonzantes, me recordaban á sus abortos prematuros y á sus cocheros que tiritaban de frío en la puerta del teatro.

Y todos, bolsistas, fabricantes, *cocottes*, médicos y abogados, fantoches del mundo, sin amor y sin fe, con sus mentidos ideales de suprema belleza, aportaban á mi mente, en abigarrado tropel de espantoso aquellarre, vergüenzas, infamias, injusticias y miserias de gentes que sufren y viven sin pan, sin lumbré... y sin arte.

¡Ah, el arte! El sublime arte que ennoblece se me presentaba, en aquellos instantes de arrobamiento general, como algo parecido al opio y la morfina, que consuelan pero trastornan, que calman los nervios pero *suprimen* conciencia...

Allegro Finale

Y con todo, yo creo en el arte puro, un arte simple ó sencillo, como eficaz preceptor conductivo de nuestros instintos. Y creo en el arte popular no por cuanto tiene de emocional en sí, si nó por las resultantes de esta cualidad emotiva aplicada al bien, y que tiende siempre á expansionarse, como lo demuestra el natural deseo de que nuestros semejantes participen de los goces estéticos que nosotros percibimos.

Además, el arte verdadero, por su

carácter á un tiempo abstracto y fecundo, individualiza las almas en el sentido del trabajo y de su compensación directa, acercándonos á una como felicidad intelectual cuya autonomía anhelan todos los humanos.

La música, según expresión histórica, domestica á las fieras... ¿y con tantos siglos como se ha venido haciendo arte y sublimando su idea para llegar al refinamiento de la música *di camera*, no ha sabido ablandar el corazón del hombre?

¿Es que el sér, escojido ó vulgar, no recibe del arte otra cosa que una sensación de la cual depende la mayor ó menor susceptibilidad de sus fibras?... ¿Es que las emociones estéticas no llegan al fondo del corazón del hombre, para hablarle de algo que fructifique rápidamente en pensamientos ú obras de amor al bien universal?...

Si así no fuera, una de dos: Ó el arte puro, plagado de funestos sentimentalismos es un entorpecedor de las actividades dignas de la humanidad, y hay que maldecirle, ó el burgués que lo propaga en esas farsas *di camera* es un empedernido de castrados ideales; especie de inmundo sapo á quien habría que eliminar, si nó por dañino, por inútil.

Letras de todas partes

D. Manuel Lorenzo D'Ayot, nos describe en poética prosa, en el canto VI de *La Iberiada*, las esplendideces naturales de *Valencia*, sus hechos, sus hombres más significados de su pasado histórico... La dura prosa de la vida real, aplastante, pesada, nacida de una social injusticia, que en todas partes adolora el ánimo del pensador, y que contrasta con tanta maravilla y riquezas naturales, escapa á su imaginación de poeta que se exalta con flores y perfumes y luces y colores... dejando que los sufrimientos de los aplastados se debatan como puedan contra las

instituciones que las engendran. Un soplo de fraternidad palpita, sin embargo, en el capítulo «Germanias,» pero sin finalidad concreta ni determinada. Su *Iberiada* podrá ser una «reforma literaria,» pero no contribuirá gran cosa á la «reforma social» por la que trabajan los pensadores y artistas modernos.

Revista Blanca, de Madrid, ofrece á sus lectores las primicias del libro de Pedro Dorado, *Valor social de leyes y autoridades*. El autor plantea, en la

introducción, el siguiente problema: «si las leyes y las autoridades merecen ser consideradas como instrumentos de bienestar y de progreso, ó, por el contrario, como trabas para los mismos.»

Stakelberg, en su estudio *Sobre los moralistas*, arremete briosamente contra las especulaciones metafísicas á que se han dedicado ciertos socialistas y anarquistas partidarios del neo-cristianismo tolstoiano. El autor ataca el espiritismo del autor de *Resurrección*, que considera embrutecedor y nada encaminado á despertar el espíritu de igualdad de que deberían estar poseídos los hombres.

Zo d'Axa, en el *Ennemi du Peuple*, de París, sigue narrándonos su reciente viaje alrededor del mundo. El original escritor del *Endehors* y de *Feuilles*, se propone, en la narración de su viaje, darnos un estudio crítico sobre el estado de espíritu de los anarquistas de Paterson y las impresiones que le sugirieron la vida de los Doukhobors rusos entre los cuales vivió mucho tiempo.

Vita Italiana, de Milano, revista política, económica, artística y literaria, publica un trabajo de Pirolini sobre el reciente suicidio del ministro Rosano, y un estudio de Galimberti sobre el creciente movimiento cooperativo en Italia.

La Gaceta Médica de Granada, inserta un estudio de S. V. de Castro sobre la *Bioquímica de los Cloruros*. El autor aboga por el sistema de alimentación vegetariano y combate el excesivo uso de la carne.

El Dr. P. Nacher publica un curioso estudio de como se prepara á la juventud de algunas naciones, para el profesorado universitario.

En el *Almanach de la Revolution pour 1904*, en venta á la Redacción de *Temps Nouveaux*, de París, hemos leído: *Crónica Científica*, por Stakelberg; *El Despertar obrero*, por Kropotkine; *El Arte y el pueblo*, por E. Reclús; *Reflexiones*, por Descaves; *La Huelga de Hennebont*, por Bourchet; *La ciudadela campesina*, por Niel; *El Edén reconquistado*, por Girard; *Individualismo y solidaridad*, por Grave.

Recibido:

La Psicología de las religiones, por J. J. Fernández.—*En Anarquía*, por C. Pert.—*Libre examen; El absurdo político*, por Paraf Javal.—*Generación voluntaria*, por P. Robin.—*La anarquía y la iglesia*, por E. Reclús.—*Criterio libertario; El hombre y la sociedad*, por A. Lorenzo.

La Tracción ferroviaria, de Barcelona; *Forum*, de Torino; *Il Libero Pensiero Internazionale*, de Milan, y *La Terro d' Oc*, de Toulouse.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne fara il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

Errata.—En el n.º 3, pág. 44, columna 2.ª, párrafo 3.º, donde dice «libro titular», debe leerse «libro singular».

En el n.º 4, pág. 51, columna 1.ª, párrafo 4.º, donde dice «necrópoli», debe leerse «metrópoli».

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJÓLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA